

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 120
Abril - Junio 2000

**PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO Y
 COMPRENSIÓN DE LA HISTORIA***

Alfonso Pérez de Laborda**

Para Benjamín González Buelta, s.j., en un nuevo encuentro

Resumen

A partir del fenómeno de nuestro cuerpo, que nos inserta en un mundo y en una historia, el autor va haciendo una fenomenología del tiempo y de la historia. Esto lo coteja con nuestras construcciones científicas de la realidad. El ensayo culmina con la pregunta por el punto omega en diálogo con el pensamiento de Teilhard de Chardin.

Abstract

Starting from the phenomenon of our body, which inserts us in a world and in a history, the author makes a phenomenology of time and history. This he then confronts with our scientific construction of reality. The essay culminates with an inquiry about the omega point in dialogue with the thought of Teilhard de Chardin.

Prólogo¹

Las páginas a las que éstas sirven de prólogo comienzan abruptamente hablando del 'cuerpo de hombre'. Es un lugar –lugar de mundanidad, lugar de realidad y lugar de originación filosófica– al que

* Curso impartido en el Instituto Filosófico P. F. Bonó (Santo Domingo, 6-20 junio del 2000).

** Profesor en la Facultad de Teología San Dámaso, Jerte, 10 — 28005, Madrid, apl@teleline.es

1 Estas notas escritas tras las calenturas de clase, quieren reflejar las conversaciones filosóficas que mantuvimos en el aula. Entre corchetes, he añadido algunos comentarios, sobre todo, teológicos, y algunos otros subidos de tono: el que quiera puede saltarlos, evidentemente.

tras no pocas vueltas he llegado para indicar la respuesta a la pregunta por "¿quién es el que hace filosofía?", y por "¿desde dónde se hace esta filosofía?", la segunda de las cuales, al menos, hace años que me ronda. Creo que la mía es una filosofía del cuerpo, pero de un cuerpo muy particular, el de la especie humana, el que cada uno de nosotros nos encontramos siendo. Para indicarlo con perfecta claridad, he tenido la ocurrencia de decirlo explícitamente y hacer de él el lugar en donde se comienza la reflexión; siendo él mismo, además, quien hace esa reflexión. Este lugar es nuestro cuerpo. Haber dicho simplemente "cuerpo", y hablar de una filosofía del cuerpo, creo que hubiera creado una ambigüedad, pues no me quiero referir a eso que evidentemente somos, "cuerpo de animal", y que en un tanto por ciento muy elevado somos realmente. Pero cada día me parece más obvio que sin dejar de ser cuerpo de animal, lo decisivo, lo que en realidad nos constituye en 'cuerpo de hombre' es la diferencia, ese a penas nada que tenemos de más con respecto a lo que podría ser nuestro cuerpo de mero animal. Todo me lleva a pensar que somos más que eso, más que "cuerpo", como mero cuerpo de animal; que ello es lo que se corresponde a la respuesta de la pregunta por ¿qué es el hombre?, pero que la pregunta definitiva en antropología filosófica no es esa, sino ¿quién es el hombre?, y que la respuesta más clara y definitiva a esta segunda cuestión consiste en decir "somos-un-cuerpo-de-hombre".

Por eso, desde la primera página del curso, el abrupto comenzar hablando del 'cuerpo de hombre', tomándolo siempre, es evidente, en su identidad-dual de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer. Porque de eso, es decir, de él, es de lo que quiero hablar, y, además, él es quien está hablando ya desde el mismo comienzo de éste y de todo hablar; él es el constructor de corporalidades; él crea la realidad; él es quien hace la historia y vive en ella, y a él sólo le corresponde esa característica decisiva de la historicidad y de la hermenéutica. Unas palabras de san Pablo indican un desaforamiento de realidad, que nada tiene que ver ya con lo mundanal, sino que indican la absoluta —¿absurda e irreal?, quizá, pero no lo creo, de ello también se deberá hablar en su momento— profundidad de ese mirar-más-allá que nos ha ido apareciendo en nuestra reflexión: "Él transfigurará nuestro cuerpo de humilde condición en un cuerpo glorioso, semejante al suyo" (Fip 3, 21); "¿No sabéis que vuestro cuerpo es Templo del Espíritu Santo?" (1 Cor 6, 19); "Y todos nosotros, reflejando como en un espejo en nuestro rostro descubierto la gloria de Dios, nos

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

vamos transformando en su propia imagen" (2 Cor 3, 18). Ahí se nos muestra la sorprendente hondura, profundidad y relación inefable consigo mismo del 'cuerpo de hombre', infinitamente lejana del mero "cuerpo"; aun en el caso de que todo ello fuera falso —que, insisto, no lo creo—, quedaría la grandiosidad de quien es capaz de proferir con sentido —y sentido tienen pues las comprendemos plenamente en su extremada grandeza, aún en el caso de quien no esté de acuerdo en su verdad— esas 'locuras'. Sea lo que fuere, queda claro que la imposible-posibilidad nos lleva a no ser ya, sin más, "cuerpo", sino a ser ahora extremadamente más, 'cuerpo de hombre'.

Por supuesto que no es la primera vez que hablo como en este texto he hecho, sino que todo en mi pensar me ha ido llevando a estas 'habladurías'. Si alguno se interesa en ese pensar, sepa que, además de los libros que he conseguido publicar, que están en la biblioteca del Centro Bonó, el ordenador de Pablo Mella guarda lo que, por ahora, son cuatro nuevos manuscritos en busca de editor; los tres primeros recogen lo que considero más importante de los trabajos publicados en revistas o libros en colaboración, de no siempre fácil acceso. El más teórico se titula: *Sobre quién es el hombre. Una antropología filosófica*. Otros dos llevan por título: *El mundo como creación. Ensayo de filosofía teológica y Filosofía de la realidad, tiempo e historia*. El cuarto es un largo ensayo sobre *La filosofía de Pierre Teilhard de Chardin: la emergencia de un pensamiento transfigurado*. ¿Alguna vez saldrán de ser libros en busca de editor, como los maravilloso seis personajes de Pirandello lo eran en busca de autor?

En el mientras tanto, los párrafos que siguen creo que indican algo de cuál es el contexto de la reflexión de este maravilloso curso filosófico dominicano —maravilloso por la escucha atenta e ilusionante de los oyentes de la palabra, por la ciudad que en los alrededores del Centro Bonó parece ahogarle a uno en ruidos interminablemente delicados, en olores que cautivan la vista y en colores lujuriosos, por el bello paisaje de la isla: el valle de Loma de Cabrera, Montecristi, la vista desde el Santo Cerro y desde el monumento de Santiago, Manabao y las lomas del camino que conduce hacia el pico Duarte; maravilloso por la calidez entrañable de su gente—. El primero está sacado de la pequeña introducción que precedía a unas cuantas hojas desordenadas en torno a mi curso de antropología filosófica de este año que termina ahora:

Sin embargo, sí puedo decir desde el comienzo que la idea profunda que me está llevando desde que me di cuenta de ello, porque muchas veces tardamos en darnos cuenta de lo que luego es patente y claro como un día luminoso, tiene un enunciado que resulta doble: ¿quién es el hombre para que esté (que está) abierto a Dios?, ¿quién es Dios para que esté (que está) abierto al hombre?

Todo lo que anteriormente he ido cogitando me ha llevado ahí, y ahí se encuentra mi pensar. Así pues, para mí, la antropología está profundamente ligada a la teología. El hombre se entiende desde Dios, y Dios se entiende desde el hombre. Y, ciertamente, el 'punto de fuga' en donde se unen ese hombre abierto a Dios y ese Dios abierto al hombre tiene un nombre para nosotros los cristianos. Ahora bien, la labor de pensamiento –y aquí quiere hacerse labor filosófica– tiene sus propias exigencias, se hace en un ámbito propio de racionalidad, busca un 'espacio de racionalidad'. No lo podemos olvidar. No lo olvido.

El segundo procede del final de una ponencia tenida en un congreso en Madrid el mes de enero pasado, que se titulaba "La metáfora de los tres lugares", lugares en los que hablamos, lugar de ciencia, lugar de metafísica, lugar del hablar de Dios:

Aquí en estas reflexiones, se ha esbozado una filosofía-del-*'cuerpo-de-hombre'*, la cual, en nuestra metáfora de espacialidades, podemos ver como un cono que, bien enraizado en la tierra, asciende hasta su vértice –el *'punto rojo'* de la evolución cósmica, además– en el que, fugándose ya, está el *'cuerpo de hombre'*, pero, es claro, en el que el cosmos entero está representado, pues en ese vértice se encuentra quien lo recoge y resume enteramente, solidario con él, pues parte integrante de él; quien, escapándose ya, sin embargo, es su centro, su recapitulación –no fuera más que como recapitulación de conocimiento–, su consciencia, quien lo entiende, quien sabe lo que es, por tanto, punto de fuga hacia un más allá –un más allá que podría darse que nunca apareciera, que sea una pura ilusión–, deseando imaginativa y creativamente ese más allá.

En la preciosa ponencia de Juan José Ayán, presentada en este mismo Congreso, nos apareció otro cono, un cono cuyo vértice está abajo, y que se abre hacia arriba, que nos representa

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

una teología-de-la-'carne', de la encarnación –singular y preciosa palabra–, una teología ligada a los antiguos padres orientales, teología cósmica también, de la que encontramos aspectos interesantes en el pensamiento de Pierre Teilhard de Chardin.

¿Qué acontecería si los dos conos, esa filosofía-del-'cuerpo-de-hombre' y la teología-de-la-'carne' identificaran sus ejes y juntaran sus vértices? Tendríamos entonces una filosofía del cuerpo que, por su punto de fuga, el 'cuerpo de hombre', encuentra entrada en una teología de la carne. ¿No disfrutaríamos así de un diábolo que nos daría mucho juego para indagar sobre quiénes somos y a dónde vamos?

Es posible que así se pueda llegar a comprender algo mejor el texto al que estas páginas sirven de prólogo. Ahora bien, entiéndase que son muchas las cosas de las que aquí no se habla –aunque están en los entresijos de lo dicho–, sea porque ya están habladas en algún escrito previo, sea porque todavía no he llegado a hablar de ellas con suficiente claridad, sea porque aún no me he metido con ellas, sea porque estén fuera, quizá, de mi horizonte de pensamiento. Espero que, finalmente, todo llegará, aunque también todo lleva su tiempo. Entiéndase, pues, que estas 'habladurías' vienen detrás de otras 'habladurías' anteriores, y que espero precedan a otras nuevas 'habladurías' posteriores. Vale.

1. (No) somos (otra cosa que un) 'cuerpo de hombre'

Quien habla, quien se presenta, quien está ahí delante es un 'cuerpo de hombre'; emplearé siempre 'cuerpo de hombre' en su identidad-dual de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer, lo que, es evidente, tiene numerosas implicaciones. Un cuerpo que va mucho más allá del mero anuncio de que se trata de un cuerpo, pues lo que éste es no queda terminado con la afirmación de que estamos ante el cuerpo de un cierto tipo de animal, la especie *homo sapiens sapiens*, sin que esto deje de ser una afirmación veraz. Y, además, un 'cuerpo de hombre' que nunca y en ningún caso es un cuerpo dejado o alejado de los demás 'cuerpos de hombre': parido por un 'cuerpo de mujer', fruto de la unión –¡ojalá siempre unión amorosa!– entre un 'cuerpo de hombre' y un 'cuerpo de mujer'. Amantado, cuidado, educado, en relación siempre con otros 'cuerpos de hombre', hasta el punto de que no será de verdad eso que debe ser, 'cuerpo de hombre', si no está en comunión

con otros 'cuerpos de hombre'; comunión de trato, comunión de tribu, comunión de lengua, comunión de afectos o, quizá, de odios, comunión de imaginaciones, comunión de pensamientos, comunión de proyectos, comunión de querencias, comunión de acciones, comunión de deseos y de finalidades; voluntad de comunión. Nunca, pues, un mero cuerpo, ni siquiera nunca un mero y aislado 'cuerpo de hombre'; siempre un 'cuerpo de hombre' en comunión inextricable e indisoluble con otros 'cuerpos de hombre', pues el 'cuerpo de hombre' es esencialmente comunional.

Mas cuando venimos aquí con eso que somos, nuestro 'cuerpo de hombre', parece que, de primeras, todo lo traemos con nosotros: viajamos siempre con todo puesto, como los caracoles. Bueno, en realidad no con todo, pues en casa dejamos trazas nuestras: nuestras posesiones, nuestros escritos, nuestras cosas querenciadas, todo eso que luego, quizá, incluso una vez que hayamos desaparecido de la vida, serán las trazas que puedan servir para que otros 'cuerpo de hombre' sepan sobre nosotros, rehagan algo de lo que fue nuestra vida y se interesen, quizá, por nuestra biografía; pero sabiendo siempre que, en este caso, lo que se debe 'rehacer', 'reencontrar', 'buscar', no son ellas mismas, como si esas huellas fueran fin en sí, sino ese 'cuerpo de hombre' que tuvo vida como tal, que respondió a un 'quién' y no a una suma de meros 'qués', reencontrados entonces como importantes, decisivos para el hacer memoria, aunque no otra cosa que trazas y huellas de eso que fuimos.

Por esto, debemos darnos cuenta enseguida también, y de una manera preeminente, un 'cuerpo de hombre', siempre comunional, que es creador de 'corporalidades': constructor de casas, de mesas, de ordenadores, de aviones, de la teorías general de la relatividad y de la teoria de la evolución, de leyes innumerables, de constituciones, de obras de arte y de religiones, fruto todo ello de la obra común de otros 'cuerpos de hombre' que trabajaron de arquitectos, de ingenieros, de artesanos, de cocineros, de artistas, de estudiantes, de pensadores, de sacerdotes, y haciéndolo siempre desde eso que somos, 'cuerpo de hombre', en una relación de unidad extremadamente compleja con otros 'cuerpos de hombre'. Las corporalidades, nuestra creación propia y colectiva, nos acompañan siempre, nos proporcionan nuestro nicho propio y comunitario, nos dan el lugar en el que estar; un lugar, pues, construido por nosotros, de manera personal y, sobre todo, construido comunitariamente, en común con otros 'cuerpos de hombre', algunos todavía vivientes como nosotros,

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

otros ya desaparecidos, de los que, quizá, nos quedan sólo esas trazas, además de lo que, de ellos, si es el caso, en nosotros mismos se ha hecho carne de nuestra carne.

Así pues, siempre somos 'cuerpo de hombre' entre 'cuerpos de hombre', en comunión obligada con ellos. Nunca somos otra cosa, al menos mientras estamos en vida, que un 'cuerpo de hombre'; nunca salimos de él, como no sea sino en sueños. Siempre nos sustentamos en él, hasta el punto de que tenemos que decir: "yo soy un cuerpo; mas yo no soy, sin más, mi cuerpo", si por cuerpo, en este caso, entendemos la mera animalidad que tocamos y pellizcamos con nuestras propias manos; no vale con decirnos sólo 'cuerpo', aunque lo seamos, pues soy más que cuerpo, en cuanto que soy 'cuerpo de hombre' en su identidad-dual, lo que me lleva a afirmar con rotundidad que no soy reductible a mero cuerpo. En discurso filosófico, 'cuerpo de hombre' es la manera que encuentro de señalar que nunca somos sólo meros animales específicamente evolucionados –lo que se quiere decir, en un horrible lenguaje abstractivo y, por tanto, nefando, con la expresión de que somos "seres humanos"–. [Si estos papeles terminan yendo por donde debieran, se verá finalmente que el mejor y más exacto equivalente para designar eso que denomino 'cuerpo de hombre' en su identidad-dual de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer, es 'persona'].

Porque aquello que dice quienes somos de verdad está dentro de esa expresión: 'cuerpo de hombre'. Nunca somos, pues, un cuerpo puramente material al que, quizá, y en todo caso sólo por algunos –cada vez menos–, se le añade luego algo que se dice un alma espiritual. Nunca un mero compuesto de eso que materialmente somos al ser estudiados en nuestra composición química: agua, carbono, azufre y hierro, convenientemente medidos y combinados en sus exactas proporciones; en definitiva, unos kilos de carne y de sangre. Nunca tampoco un alma platónica que ha tenido la desgracia de ser aherrojada en un mero cuerpo material, como si eso que somos, 'cuerpo de hombre', no fuera sino una horrible cárcel de algo exterior a lo que de verdad es él mismo, el susodicho y maravilloso elemento espiritual que nos constituiría. Siempre eso, y sólo eso: 'cuerpo de hombre'. [Cuerpo de "encarnación", no lo olvidemos]. Hasta el punto de que cuando llegue la muerte, ésta tendrá la fuerza terrible de dejarnos convertidos en algo que ya no es 'cuerpo de hombre', ni siquiera un mero cuerpo animal y viviente, nos dejará arrojados ahí como un mero cadáver; entonces, ya no seremos eso que hemos sido,

ESTUDIOS SOCIALES 120

que ahora estamos siendo. [Y, sin embargo, para nosotros los cristianos nos llena de esperanza y de estupor hablar de la “encarnación” del Logos de Dios, que “se hizo hombre y habitó entre nosotros, nacido de mujer”].

No un ‘qué’, sino un ‘quién’, pues lo que de decisivo tenemos nosotros como eso que somos de verdad, ‘cuerpo de hombre’, no se conquista, no se explica por ninguno de los posibles ‘qués’, pues la pregunta fundadora de eso que somos es la que queda plasmada con el ‘¿quién eres?’, no quedando jamás conformados con ninguno de los posibles ‘¿qué eres?’, que alguien nos pueda espetar. La ciencia busca el ‘qué’, nos dice ‘qué es el hombre’, cuando lo estudia naturalizándolo [y bien hace, pues ¿qué otra cosa mejor podría ser su labor?], mas ¿nos dice la ciencia ‘quién es el hombre’? Lo dudo con un enjambre entero de razones. Lo hemos de ver en los días siguientes.

Un ‘cuerpo de hombre’ que mira de frente al rostro de otro ‘cuerpo de hombre’; del que siempre podremos tomar posesión y esclavizarlo, desgraciada evidencia, pero al que le quedará siempre esa capacidad sorprendente de libertad que ilumina la mirada del rostro. Porque somos nosotros los únicos seres de la creación que tenemos rostro. Y lo que realmente somos lo ofrecemos en nuestro rostro y se nos ofrece en el rostro del otro –aunque, es verdad, con notables posibilidades de afeites y ocultamientos diversos, para lo que solemos ser maestros, excepto, quizá, en esos momentos decisivos de la alegría desahogada y del dolor y el sufrimiento–, lo que muy bien captó el dicho de que la cara es el espejo del alma.

2. Estamos en el mundo, siendo en el espacio y en el tiempo

El tiempo y el espacio son elemento esencial en eso que somos, siendo ‘cuerpo de hombre’ en su identidad-dual de cuerpo de hombre y cuerpo de mujer. Nunca, como no sea en sueños, salimos de ellos. Cierto que estamos siempre en el espacio, pero el tiempo, en el que también siempre estamos, nos configura en lo que somos de una manera todavía más profunda.

Nos encontramos siendo en el espacio y en el tiempo; en ellos nos movemos como pez en el agua, ellos son siempre el marco de nuestra textura, hasta el punto de que podemos afirmar sin dudarlo un instante que el ‘cuerpo de hombre’ está amasado con espacio-tiempo; pero en ambos lo somos de maneras notablemente distintas, pues, así como, de

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

una manera general, podemos hacer y rehacer cuantas veces nos plazca el camino en el espacio, nunca podemos hacer y rehacer el camino en el tiempo, es decir, el espacio es reversible, mientras que el tiempo tiene la curiosa propiedad, decisiva para lo que nosotros estamos siendo, de ser esencialmente irreversible. Esto hace que el 'tiempo físico', el tiempo que utiliza la física clásica desde Aristóteles, tiempo éste, como el espacio, esencialmente reversible, nada tenga que ver con el tiempo que nos constituye en lo que vamos siendo, siempre y en todo momento esencialmente irreversible [sin embargo, la física está tomando en consideración la irreversibilidad y el caos como constitutivos de su núcleo más duro, pero esto es rigurosa novedad de muy pocos años a esta parte, y con ello, nos parece a todos, cambiarán muchas cosas en la filosofía de la ciencia]. Este segundo tiempo sería el que podríamos llamar el 'tiempo almal', el que desde que nos lo inventara san Agustín hemos ido conociendo cada vez mejor.

Aunque, claro es, aquí se nos plantea un problema irresoluble, pues el tiempo, por más que sea de terrible complejidad, no puede ser más que eso: tiempo, sin que valga —a la manera de la solución que creyó dar Rudolf Carnap a los complejos problemas de la probabilidad hablando de dos probabilidades, una p_1 y una p_2 , con lo que esos problemas, ¡creía él!, quedarían resueltos para siempre— hablar desconjuntadamente de dos tiempos, un t_1 , el 'tiempo cosmológico' —el tiempo de los relojes, el decurso del tiempo cosmológico, el de la teoría general de la relatividad, siempre esencialmente reversible—, y un t_2 , el 'tiempo psicológico' —nuestro tiempo interior, el tiempo de nuestra vida, el tiempo de la historia, siempre esencialmente irreversible—, sin preocuparse de encontrar sus interrelaciones que hacen de ellos el puro tiempo, o de hacer de ellos dos elementos que no son compositibles [es decir, que no forman parte de lo que llamaremos luego una realidad en la que, como mínimo tienen relaciones de compositibilidad, lo que no se ve cómo acontece ahora con nuestras dos concepciones del tiempo, el tiempo 'cosmológico' y el 'psicológico'].

Esa solución es demasiado sencilla, al no tener otro objeto que evitar una dificultad. Pero las dificultades tienen la particularidad de ser muy cabezonas, de furibunda tozudez, de resolverse difícilmente, y nunca con meras cacofonías de palabras. Pues mal que nos pese el tiempo tiene esencialmente eso que viene dado por la metáfora de "la flecha del tiempo". El tiempo, pues, siempre tiene punta. Y en cuanto que no la

tiene, algo raro pasa, hasta el punto de que ese 'tiempo reversible' algo tiene de un puro y simple tiempo que termina siendo no otra cosa que una, digámoslo así, cuarta variable $-x_1, x_2, x_3$ y t — en un espaciotiempo que tiene ahora cuatro dimensiones, como acontece en una sencilla explicación de la teoría de la relatividad.

[Lo malo del caso es que por más esfuerzos que los físicos relativistas están haciendo por encontrar la punta de la flecha del tiempo, tiempo irreversible para la física, no dan con ella; durante unos años se pensó que habría que poner en el centro de la física no la relatividad, que como toda la física clásica maneja, ya lo he dicho, un tiempo reversible, sino un extraño trozo de la física, la termodinámica, que sí maneja una flecha del tiempo, es decir, un tiempo irreversible, pero parece desde hace unos años que la batalla, y las razones, la han ganado los físicos relativistas.

¿La solución vendrá por el caos? Hoy se está estudiando, junto a lo del caos, el que, variando lo que se llaman las condiciones iniciales o cuestiones de contorno, lo que es decisivo en la resolución de las ecuaciones diferenciales de toda la física, que por su propia esencia son siempre deterministas —dejando de lado la singularidad de la termodinámica—, se obtienen soluciones a esas ecuaciones que son esencialmente no determinísticas.² A esto se añade el tan extraño comportamiento de todo lo que viene tocado por la mecánica cuántica, que trae al retortero a todos los físicos desde los años 20. Lo que se está jugando aquí es el problema del determinismo y del indeterminismo en física, por donde se mete en su ámbito la cuestión de la esencial impredecibilidad del futuro. No es poco].

2 Para entender esto, oí una vez a un físico italiano un ejemplo genialmente sencillo. El juego del billar—desde Descartes ya— es el paradigma de la física determinista. Midiéndolo todo con rigurosa exactitud: ángulos, fuerza de la tacada, lugar de golpeo de la bola y lugar donde la bola choca con las otras bolas y con las bandas, todo, absolutamente todo el futuro del movimiento de las bolas es predecible. Ahora bien, y éste es el 'amaño' de las condiciones iniciales, basta con que construyamos una mesa de billar con sus bandas ligeramente alabeadas, para que, sin que ninguna de las ecuaciones matemáticas que inexorablemente seguirán rigiendo los movimientos de las bolas pierda ni un ápice de su absoluta y extremadamente rigurosa predeterminación, para que ya desde los mismos primeros choques, el juego en esa mesa de billar sea "esencialmente impredecible"; de pronto el juego en este billar, y por más que esté dominado por las mismas ecuaciones, es ahora un juego esencialmente caótico. Los físicos parecen tener puestas sus esperanzas en este tipo de cosas para llevar la "flecha del tiempo" a la física.

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

Nos movemos en el espacio, estamos en él, lo modificamos y construimos en él nuestro nicho, hacemos en él nuestra casa, el lugar en donde estar. Y porque estamos en un lugar podemos dirigirnos a otro. Construimos en el espacio, nos valemos de él; hasta cierto punto, hacemos de él un mundo que llega muy lejos.

El espacio lo manejamos e incluso lo dominamos con gran maestría. La ganadería y la agricultura nos lo enseñan; por todas partes por donde se mire se ve la mano del hombre. La arquitectura, la construcción de pueblos, ciudades y medios de comunicación, el urbanismo, nos lo prueban. Saltamos de un lugar a otro con extremada osadía. Dominamos con frecuencia el entorno espacial; buscamos dominarlo, mejoramos nuestro dominio.

El tiempo, en cambio, se nos presenta de manera bien distinta. Es él quien nos domina, es él quien nos da la hondura de lo que somos. Nos modela. Nos da profundidad. Huye siempre de nosotros dejando un poso esencial en eso que somos: la memoria. Nótese que no digo el mero recuerdo, sino la memoria, en el sentido en que podemos decir que somos 'carne enmemoriada'. Por y con el tiempo "hacemos memoria", y haciéndola vamos siendo lo que hemos de ser. Y la memoria no es mero recuerdo pues no es algo que nos hace mirar hacia atrás; es aquello que llevamos con nosotros, porque constituye eso que vamos siendo, para dar el salto hacia adelante —del pasado al futuro apoyándonos en el presente en el que estamos, y estaremos siempre— de nuestra vida que irreversiblemente nos señala hacia adelante; es, por el contrario, aquello que nos ayuda haciéndonos mirar hacia adelante. En el intríngulis de lo que somos, pues, el tiempo está en su mismo hondón. Y en nosotros, de una manera decisiva, el tiempo es memoria; vivimos el tiempo como memoria, ésta es nuestra manera de vivir eso que llevamos ínsito en nuestro ser esencialmente temporal, lo que hace que seamos 'carne enmemoriada'. Una memoria, se comprende enseguida, que no es nuestra mera memoria, sino que siempre, incluso cuando sólo es nuestra propia memoria, es la memoria de la comunión de lo que vamos siendo con todo eso que somos porque nos ha sido donado. [Por eso son decisivas esas palabras de "haced esto en memoria mía"].

El tiempo, además, es apertura decisiva a ser más, de mejor manera, a ir siendo en plenitud. El tiempo, así, es gradiente que nos empuja hacia un más allá de lo que vamos siendo, que señala eso que deseamos llegar a ser. El 'cuerpo de hombre', amasijo de espacialidades, es de

ESTUDIOS SOCIALES 120

manera fundante temporal. Es verdad que puede darse en nosotros sed de aventuras en nuevos lugares, de conquistas de nuevos espacios, pero el deseo, la imaginación y la creatividad –notas fundadoras del ‘cuerpo de hombre’– están dadas en una aventura sobre todo temporal. Una aventura, por tanto, ligada a la flecha del tiempo. Y una flecha siempre indica una dirección, un hacia donde.

Desde este punto de vista, el tiempo, si vale decirlo así, es mucho más constitutivo de lo que somos como ‘cuerpo de hombre’ que el propio espacio, aunque, es obvio, sin él no habría cuerpo, sin más. El tiempo, pues, nos da el más profundo lugar en el que somos, lugar de un presente preñado de memoria, lugar que, por el mismo hecho de serlo de presentes, nos lanza a otros lugares, lugares de un futuro adviniente.

Terminaré estas reflexiones de hoy con una pregunta: viendo lo que antecede, ¿a alguno se le ocurre pensar que ‘somos’ espacio y/o tiempo? Me parece obvio que no. Si en cambio habrá que decir que estamos en el mundo, siendo en el espacio y en el tiempo.

3. Estamos en el mundo, siendo en la materia

La historia evolutiva del mundo nos ha dado forma, tal como nos lo dice el árbol de la evolución. Estamos enmarcados en la historia cosmológica que, según parece, comenzó en una gran explosión inicial de un magma primitivo a temperaturas tan extremas que todavía no había siquiera partículas elementales. En ambos casos se utiliza de manera exacta la palabra historia, que, es obvio, es una palabra tomada de otros ámbitos. Pero no por eso dejan de ser éstas verdaderas historias. Cambios en el tiempo, y cambios interrelacionados entre sí –el próximo día veremos que falta todavía por expresar una condición esencial, sin la que, veremos, no se daría de verdad historia–. Digámoslo de manera vulgar y rápida. Si se saca una foto en un momento, sea en la historia de la evolución, sea en la historia del cosmos, y se saca otra foto en otro momento posterior, sabemos que se ha dado un movimiento de todo lo retratado en el paso del primer momento al segundo, y este paso ha tenido sus reglas –que suponemos las podemos conocer, al menos en parte–, de manera tal que decimos a la vez estas dos cosas: lo consignado en la segunda

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

foto 'surge' de lo consignado en la primera, y nosotros podemos conocer las reglas –al menos en parte, insisto– de la evolución de ese surgimiento de la foto segunda desde la foto primera. En una primera aproximación, éstas de la evolución y de la cosmología son, pues, historias científicas.

La teoría de la evolución y la teoría cosmológica de la explosión inicial son parte aceptada de la ciencia de hoy. Rechazarlas es salir –cosa bien peligrosa– de lo que es el conocimiento científico de hoy. Yo, al menos, no lo haré. Aunque de todos es sabido que hay discusiones furibundas en casi todas las páginas de la ciencia, también aquí, y aquí sí cabe aún más.

Porque las cosas en estos ámbitos son así, nos encontramos inmersos en un mundo que es material, y, vamos a decirlo así, tenemos la certeza de que nosotros hemos 'surgido' de esa materialidad del mundo. Pensar otra cosa es dejar de lado la razón. [La fe cristiana, sobre todo la vieja fe católica –para su desgraciada desgracia no tanto la fe de los protestantes luteranos como Rudolf Bultmann– no puede estar en oposición insalvable con la razón, y la ciencia es la más vistosa construcción de la razón. ¿Recordáis la última encíclica de Juan Pablo II, *Fides et ratio*?]. Nótese que no he hecho ni haré nunca la afirmación de que "el mundo es sólo materia", porque, entre otras cosas, no sé nada bien qué se quiere decir al poner ahí la palabra 'materia'. Si hay palabras de gran uso y que parece que pocos se toman la molestia de explicárselas, ésta es una de las que más; lo malo es que cuando alguien dice "todo es materia" parece querer decirnos que sabe muy bien eso que es "todo", y que ese todo es "materia"; lo malo es que, demasiadas veces, cuando comienza a explicarse, balbucea.

Así pues, 'surgimos' de la materia –aunque, insisto, no es nada claro lo que queremos decir cuando afirmamos que todo es "materia", y faltaría por ver de cerca qué significa ese 'surgir', pero ambas cuestiones quedarán para cuando haya más tiempo–. Bien, de acuerdo. Pero ¿significa esto que "sólo somos materia"? Ya, entre los científicos serios, como los filósofos Paul y Patricia Churchland³, o su amigo el biólogo Crick⁴, nadie

3 Paul M. CHURCHLAND, *The Engine of Reason. The Seat of the Soul: A Philosophical Journey into the Brain*, Cambridge, Mass., MIT, 1994.

4 Francis CRICK, *The Astonishing Hypothesis. The Scientific Search for the Soul*, New York, Scribner, 1994, 317 p. (hay traducción castellana en Barcelona, Crítica).

pone en duda los fenómenos que se han llamado espirituales. Incluso se acepta, ¿cómo no?, la 'sorprendente hipótesis del alma' que cree poder llegar a explicarla desde la ciencia. El materialismo de hoy, al comienzo del siglo XXI no es un materialismo bruto, burro y poco inteligente. Ya no se niega lo evidente, sino que se sigue otra estrategia: se intenta explicar y comprender, y se cree esencial para ello que esto sólo se hace en los adentros de la ciencia. Para este materialismo lo decisivo es la 'naturalización' de los fenómenos, incluido el alma, por supuesto. Como las meigas, los fenómenos llamados espirituales, haberlos, haylos; la cuestión es que nos esforcemos por explicarlos (sólo) con el instrumental científico (por ser el único que nos hace conocer la verdad), por lo que es este instrumental científico –que cada día se hace mejor y más potente– el único que, dicen, nos puede llevar a explicar y comprender. Para no ocupar mucho tiempo con esto, valga con una muestra: lo mismo que en su día la humanidad pensaba que truenos y relámpagos eran voces de los dioses, y hoy sabemos su explicación científica, así debemos de explicarlo todo, incluida el alma. Piensan que estamos ya por el buen camino, y que dentro de no mucho, las cosas estarán claras. Creo que en el fondo esta manera de ver toma la historia entera del cosmos como el conjunto de lo material, haya dentro de éste lo que quiera que haya, lo único que, según ellos, debe quedar bien claro es que no hay nada fuera de esa gran 'morcilla de la materialidad' –esta expresión no es despectiva, simplemente quiere hacer referencia al dibujo de la pizarra de esta mañana, que ahora no repetiré–, es decir, que no hay nadie fuera de la "materialidad", y la razón es clara: "puesto que no hay Dios". Todo lo demás, si es que lo hay, es explicable y comprensible, sea ya hoy sea en el futuro, bajo la condición, por tanto, de 'naturalizarlo'.

Dificultades infinitas de esa posición.

Recordad lo que he dicho esta mañana sobre el árbol de la evolución –con su *punto rojo*– y la vaciedad esencial de todo lo que no es la capa puramente exterior de dicho árbol, es decir, de que sólo tenemos en vida real hoy las especies existentes, y la historia que nos traza la teoría de la evolución –como acontece con todas las historias, cualesquiera que éstas sean, incluida, por tanto, la historia del cosmos–, es una reconstrucción racionalmente científica de lo que las cosas fueron, pues dentro del árbol sólo nos quedan la puntualidad de los fósiles y la fuerza

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

inexorable de nuestras teorías. No insistiré en ello, pues creo que en clase ha quedado claro. ¿Pongo con ello en duda la cientificidad de la teoría de la evolución? Evidentemente no. Pero con simplicidad y fuerza recuerdo lo que ella es: una teoría científica. Y ahí es en donde encontramos eso que nos aparece obvio: en el árbol de la evolución 'surgimos' como seres materiales, arboladamente ligados a todos los seres materiales dentro de la evolución de la que somos, no lo olvidamos, 'el punto rojo'. Y ahí hemos de ser eso que somos: 'cuerpo de hombre'.

La historia cosmológica nos dice de otra manera lo mismo: en la historia de toda la materialidad del mundo 'surgimos' como eso que somos. Y ahí hemos de ser eso que somos: 'cuerpo de hombre'.

Ahora bien, viendo lo que antecede, y de acuerdo con los materialistas a los que tan brevemente me he referido, ¿a alguno se le ocurrirá pensar que 'somos' materia? También me parece obvio que no, si lo que con ello quiere decirse es que "sólo somos materia". Sí en cambio habrá que decir que estamos en el mundo, siendo en la materia, por complicado que termine siendo eso que llamamos materia, pues, como digo, es no ya difícil, sino delicado contestar a la pregunta por la 'materia', como tan brevísima y esquemáticamente he apuntado aquí. En todo caso, no se olvide que los materialistas más listos de hoy, para decir que "todo es materia", donde ponen el acento es en la 'naturalización': estudiaremos todo lo que sea que haya —descontando, por supuesto, que haya Dios— con el instrumental científico, al que nada puede escapar ("materia" es todo lo 'naturalizable', y lo demás no tiene existencia).

4. Pero "si todo es materia", no hay de verdad historia

Lo decisivo para nosotros está cuando con la afirmación de que "todo es materia" se está negando la historia —y con la historia la libertad—, porque, de otra manera, no tendría demasiadas consecuencias que alguien, con un lenguaje que no es el mío, dijera que "el alma 'surge' de la evolución de la materia". Mi lenguaje habla siempre del 'cuerpo de hombre' y desde él —como hemos de ver en lo que seguirá los próximos días—, y no tiene inconveniente, creo, en hablar de materia, con tal de que, conforme avanzamos en el estilo de la cuestión, vayamos encontrándonos con una materia que va surgiendo ante nosotros de más en más complejificada. El *homo sapiens sapiens* es un animal. De eso sabemos mucho.

ESTUDIOS SOCIALES 120

Nótese, pues, que para mí, creo, no es tanto la cuestión de la materia, porque entrar en su consideración es encharcarse en metafísicas –y, déjese me que lo diga muy sonriente: ¡si nos adentramos en la metafísica, ganaremos la partida!–, como la cuestión del determinismo y de la naturalización en donde nos la jugamos, porque si no hay historia y si no hay libertad no puede darse esto que he llamado desde el primer día ‘cuerpo de hombre’, es decir, nosotros no estaríamos acá pensando en la sutileza de quiénes somos, de si somos libres y de cuál será nuestro futuro.

El determinismo dice, en una palabra, que sacando la foto 1, que corresponde a un cierto estado sincrónico de la cuestión del conjunto de eventos que consideremos, si conocemos al detalle las leyes de la evolución de esos eventos que acontecen en ella y de sus relaciones, predeciremos el desarrollo diacrónico de ese conjunto, lo que nos llevará a predecir con absoluta exactitud la foto 2 que corresponderá al nuevo estado sincrónico de la cuestión del conjunto de eventos considerados pasado un cierto tiempo. Conocida la foto 1 y las leyes de desenvolvimiento, predigo la foto 2; pero, igualmente, conocida la foto 2 y las leyes, predigo la foto 1. La foto de la que parto como bien conocida me da con exactitud el estado de la cuestión en t_1 , las llamadas condiciones iniciales o cuestiones de contorno, conocidas con exactitud además las leyes del desenvolvimiento de los eventos y de sus relaciones, conoceré con exactitud el estado de la cuestión en cualquier tiempo t_2 , esté a la derecha de t_1 , con un tiempo $+t$ (con lo que físicamente habríamos ido hacia el futuro) o a su izquierda, con un tiempo $-t$ (físicamente habríamos ido hacia el pasado). Así, la predictibilidad es absoluta. La ‘historia’ se nos habría convertido en una ‘física’. Es esto, en cuanto sea posible alcanzarlo, lo que busca la ciencia. Y hacerlo así está muy bien, pues para eso nos la hemos inventado

Repito que aquí se habla de tiempo, t , pero es un tiempo reversible, es decir, no es el “tiempo”, sino que es una mera ficción física –pero ¿será posible que la física trabaje con una ‘mera ficción’?, o, por el contrario, ¿ocurrirá que nuestro “tiempo alma” no sea sino una ‘mera ficción psicológica’?–, si es que pensamos que el tiempo es necesariamente irreversible, es decir, que el tiempo siempre se nos presenta como la “flecha del tiempo”.

‘Naturalizar’ sería reducir las cosas a lo dicho, siempre que tengamos una idea de la ciencia de manera que ésta esté transida –¡como lo está!–

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

por unas matemáticas que, por decirlo brevemente, se formulan mediante ecuaciones diferenciales del estilo, para entendernos y poner una de las primeras de la serie, $f = m (dv/dt)$. En ellas, fijadas unas ciertas condiciones de contorno o iniciales, a partir de ahí, todo queda absolutamente determinado, predeterminado, sin que quepa ninguna determinación más, exterior a lo que ahí decimos. Los eventos considerados quedan radical y absolutamente constreñidos por, vamos a decirlo así, la causalidad necesitante de este proceso. La ciencia, en definitiva, funciona con esta particularidad. Cuando decimos que buscamos 'naturalizar', decimos que buscamos llevar las cosas hasta aquí. Insisto en que es esto lo que busca la 'naturalización', en cuanto sea posible alcanzarlo. Y hacerlo así está muy bien. Lo que es más discutible, por las razones que daremos en días sucesivos, es que "todo" lo que hay y "todo" lo que somos quepa en un proceso de éstos. Hemos de ver que no —¿hemos de convencer, también, de que no?—. Pero, prosigamos.

Se entiende que, en este huerto, no hay de verdad historia, no hay de verdad suficientes grados de libertad para que de verdad haya libertad. Si nosotros somos llevados algún día a él, habremos sido perfectamente predeterminados, seremos por completo determinables; mucho más complicadas que las soñadas por algunos de los hombres de la Ilustración, pero seremos máquinas perfeccionadas: nuestra biografía no será sino el ir viendo lo que sale del gran fandango del predecir, sea que la hagamos funcionar hacia el futuro, sea que la hagamos funcionar hacia el pasado. En adelante, pues, fuera con todos los secretos y misterios. El hombre no sería así sino un animal perfectamente preprogramado, predeterminado, sin misterios. La metáfora del hombre computarizado sigue siendo, en esencia, ésta misma. De esta manera, sólo los científicos estarían en el secreto y conocimiento exacto de esa preprogramación. Cierto que, por ahora, quedamos lejos de esta situación, pero ésa es la que se busca, y se trabaja desde ahora ya con la hipótesis de que ahí se ha dado nuestra entera naturaleza. Mas ¿tienen razón quienes así lo hacen? Creo razonablemente que no.

He apuntado ya, y aquí lo señalaré muy brevemente, que en los últimos decenios se dieron en ciencia varios movimientos encontrados. La insistencia desde mediados de los años veinte en las 'extrañezas' derivadas de la mecánica cuántica que llevaban a hablar de "incertidumbre" y de que "conocemos la realidad envuelta en la acción del sujeto

cognoscente”, formando unidad inescrutable e indistinguible entre ellos, es decir, no la conocemos tal como ella sea, sino que sólo podemos conocer la interacción aparato de medida-evento físico, que conocemos sólo como fruto y producto de nuestra manipulación, según la explicación “indeterminista” clásica de la física desarrollada por Werner Heisenberg –llamada de Copenhague porque el jefe de fila de ella y su máximo propagador era el gran físico danés Niels Bohr–, chocó frontalmente con Albert Einstein, quien seguía pensando que la física debe ser “realista” y “determinista”, como de hecho lo es la teoría general de la relatividad que él trajo al mundo. La discusión Bohr-Einstein, una de las más largas, sorprendentes, fructíferas, confusas e interesantes de todo el siglo XX, parece ser que ha llevado a un consenso: no hablaremos ya de “incertidumbre” sino de “indeterminación estadística”, volveremos al “realismo”, diremos que las teorías científicas “expresan” lo que el mundo sea en sí mismo, y si para ello hay que hablar, por ejemplo, de la “no-localidad”, es decir, negar que los eventos físicos se dan en un “lugar”, lo que se venía afirmando al menos desde Aristóteles, tiraremos a la basura la localidad sin que nos tiemblen los pulsos.

Por los años setenta y ochenta se pensó, sobre todo por Ilya Prigogine y sus seguidores, que la solución del problema del tiempo físico podría estar en poner en el núcleo duro de la física no a la teoría de la relatividad, sino a la termodinámica, la cual (parece) que toma en consideración un tiempo irreversible, es decir, que toma en consideración un “tiempo” que viene dado por una “flecha del tiempo”. Sin embargo, se diría que la partida la ganaron decididamente los físicos relativistas. Y en esas estamos y seguimos.

A partir de los ochenta han aparecido dos novedades. Las teorías del caos y de la ciencia de la complejidad, por un lado, y el estudio más detallado de las condiciones de contorno –recuérdese la mesa de billar con sus lados ligeramente alabeados– que llevan a ‘resultados’ indeterministas con el uso clásico de las leyes físicas expresadas con unas matemáticas fundadas en ecuaciones diferenciales –no se cambia el billar como paradigma cartesiano de la física, pero con la ‘nueva mesa’ de billar, todo es radicalmente distinto–. Creo que ambas novedades son extremadamente interesantes, pues ambas aventuran el aumento indefinido de los “grados de libertad (física)”, lo que deja entrever una posibilidad para una consideración más abierta de la física a la historia y a la libertad.

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

Ahora bien, cuidado, nadie se confunda y quiera echar al vuelo –si es que le da por ahí– las campanas de su gozo ‘espiritualista’. Stuart Kaufmann, por ejemplo, uno de los creadores de la ciencia de la complejidad, no por eso deja de ser ‘materialista’ y buscador de la ‘naturalización’.

Mas lo que ahora se adivina es una consideración de la “materia” extremadamente complejificada, en la cual encontramos por caminos de ciencia –‘nueva ciencia’– corredores hacia apuntar de retoños de historia y de grados de libertad subidos de tono. No es poco. Antes algunos de los ‘cientificistas’ eran extremadamente romos; aunque, todo hay que decirlo, no pocos de los ‘espiritualistas’ también lo eran. Ahora, seguramente, el diálogo se asienta en nuevas bases. No se trata, al menos para mí, de un diálogo entre ‘materialistas’ y ‘espiritualistas’, sino entre quienes piensan que la explicación definitiva del mundo y de quiénes somos es, en definitiva, una explicación ‘física’ y quienes pensamos que es una explicación ‘metafísica’.

¿Hemos ganado algo? Sí y no. Sí, en cuanto que se nos han abierto perspectivas de conocimiento más exacto del mundo y de lo que somos. No, en cuanto que tampoco será ahora la ciencia quien nos diga –¡por fin!, ¿por fin?– la última palabra en estas cuestiones de quién sea el hombre, de la historia, de la libertad, en una palabra, pues las cuestiones que nos traemos entre manos se resuelven más-allá-de-la-física, se resuelven en la metafísica. A partir de la segunda semana de nuestros encuentros nos echaremos a manos llenas en su amplio seno.

5. El principio antrópico, o la cuestión del saber

Es el ‘cuerpo de hombre’ quien sabe, quien piensa, quien decide, quien actúa, quien conoce mundo y lo habla; lo nuestro son las habladuras. Somos un entendimiento esencialmente corpóreo, con corporalidades de ‘cuerpo de hombre’. No es verdad que, sin más, nuestra visión, ni ninguna de las acciones de conocimiento que efectuamos, nos ofrezca de manera objetiva y sin más lo que las cosas son; todas nuestras acciones, cualesquiera que sean, por lejanas a él que parezcan al final, son acciones del ‘cuerpo de hombre’, y el resultado que de ellas resulta, corporalidades suyas. Por así decirlo, es el ‘cuerpo de hombre’ quien nos da a ver, es él quien conoce, es él quien actúa; y sólo él. Lo cual en

ningún caso quiere decir que lo que veamos y lo que entendemos por conocimiento sean puras subjetividades que nos lleven a decir: "todo vale porque todo es igual", "lo que me vale es mi verdad, pues no hay la verdad", "todo es puramente subjetivo". Este escepticismo de pacotilla, tan extendido, hasta el punto de que está tan en el sonido de nuestra vida como un anuncio de Coca Cola, no da cuenta de lo que somos, ni de cómo conocemos, ni de cómo actuamos, ni de que, en definitiva, cuando tan desgraciadamente se aprieta el botón de la bomba atómica, ésta explota y mata. No tener en cuenta esta situación de objetividad radical de nuestra actividad, incluida esa actividad tan decisiva con la que construimos la ciencia —una de nuestra más importantes 'corporalidades'— es no entender nada de lo que somos de verdad.

Nuestro conocimiento parte siempre de un hablar metafórico —el lenguaje es siempre esencialmente metafórico, analógico, mimético y retórico—, y las metáforas fundadoras son siempre metáforas corporales, que comienzan con un delante y un detrás, con un arriba y un abajo, con un a la derecha y un a la izquierda, con un suave y un violento, con un agradable y un desagradable, con un dulce y un amargo. Todo decir, sea el del arte, sea el de la ciencia, sea el que quiera que se considere, es siempre metafórico con una metaforicidad primariamente corporal, que se construye desde el cuerpo alejándose de él. Y no es que sea ésta una desgracia para nosotros y para nuestro conocimiento, sino que es esta metaforicidad corpórea el motor y el camino en el que siempre se inicia el conocimiento, el que le da su arraigo y su fuerza, el que nos permite conocer, siempre en relación con un 'cuerpo de hombre', jamás el conocer de un 'espíritu desencarnado'.

Nos introducimos siempre en la búsqueda del conocimiento de algo a través de metáforas, las cuales nos dan el cuadro general en el que buscamos desarrollar un pensamiento. Por ejemplo, se dirá: el hombre es una máquina o la mente del hombre es una computadora. A partir de ahí buscaremos alcanzar una cierta idea de lo que sea el hombre. Ésta es siempre nuestra manera de actuar en las cuestiones del conocimiento.

El conocimiento es siempre la proposición de alguien, proposición que los demás rechazan o aceptan, o simplemente ignoran con indiferencia. El conocimiento se construye, se enuncia, se pronuncia, se dice, se hace un hablar; deviene habladería en y de una comunidad. Y siempre es una acción del 'cuerpo de hombre', que, en su caso, bien

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

puede constituirse en una verdadera 'corporalidad', por ejemplo en una teoría científica, o en un manual en el que se presenta una cierta ciencia aceptada por la comunidad de los científicos para que aprendan en él las nuevas generaciones.

La teoría de la relatividad, por ejemplo, fue construida por alguien, Albert Einstein, que tenía una cualidad muy importante: se interesaba en pequeñas cuestiones de detalle del electromagnetismo de Maxwell que le traían al retortero porque en ellas veía que las cosas parecían no estar conceptualmente claras puesto que llevaban a faltas de paralelismo en el razonamiento, para él absolutamente inaceptables. Y, dado que tenía bien pagada su vida en la Oficina de patentes de Zurich –de seguro, no hubiera tenido la libertad de trabajar sobre sus cosas en el caso de haber estado en una universidad–, podía dedicarse a investigar esas mínimas fallas de la teoría electromagnética, llevado de lo que para él debía ser esencial en la ciencia: la simplicidad, la belleza y la coherencia de las teorías científicas. Así, le pareció obvio que la velocidad máxima absoluta nunca podía superar la velocidad de la luz, puesto que los fotones que la componen no tienen masa, por lo que cualquier otra partícula que se mueva, por tener masa, sólo puede moverse a velocidad menor que la de la luz; también le pareció obvio que si algo debemos decir con carácter general en cualquier lugar del mundo en que nos encontremos, tendremos que suponer que las leyes físicas son las mismas en todas partes. Fuera de ahí, y para mantener esos dos postulados, que cambie todo lo demás si es necesario; allá todo lo demás. Y, efectivamente, todo cambió. Si queremos poner en hora dos relojes que estén alejados uno de otro, sólo lo podremos hacer enviando información al otro de la hora que tiene el uno, pero eso significa que el tiempo que marcan los relojes se verá esencialmente mediatizada por la información, que viajará como máximo a la velocidad de la luz. La teoría de la relatividad especial –la más elemental, enunciada en 1905–, acaba de nacer. Para que no cambien los dos postulados admitidos por Einstein –y, con él, por todos los que piensen a partir de él en estas cosas–, la concepción del espacio y del tiempo va a cambiar radicalmente, anegando la física entera. Desde entonces la teoría de la relatividad no ha dejado de estar en el núcleo duro de la física moderna.

En la teoría general de la relatividad de 1916, llegó Einstein a unas ecuaciones, que llamó cosmológicas, que son las ecuaciones que rigen

ESTUDIOS SOCIALES 120

la cosmología, es decir, el conjunto entero del universo. Son, como todas las demás en la física, como también la ecuación de onda de Schrödinger que rige la mecánica cuántica, ecuaciones diferenciales, en las que, ya lo sabemos, el tiempo es reversible. Mas son tan complejas que no tienen ninguna solución. Para buscar alguna solución hay que jugar por necesidad con condiciones de contorno o iniciales que permitan simplificarlas hasta poder buscar alguna solución. ¿Cuáles? A partir de ahora, cada quien hará lo que pueda en cosmología. Si para ello tenemos que aceptar unas hipótesis precisas que nos lleven a un mundo que no contiene ninguna materia, como en la cosmología de Friedmann, pues muy bien, parecerá muy raro, pero nos quedaremos tan panchos, pues, en todo caso, habremos construido un modelo cosmológico.

El sacerdote belga, profesor en la Universidad Católica de Lovaina, Georges Lemaître, fue uno de los que primero y mejor ideó una solución posible a las ecuaciones cosmológicas de Einstein. Había que suponer que el universo se había expandido en la historia desde la posición inicial de un 'átomo primitivo' que contenía toda la masa-energía del mundo actual, y que esa expansión, que había dado origen al tiempo, se había hecho desde una gigantesca explosión inicial que hace que desde ese momento siguiente al $t = 0$, el mundo esté en expansión constante. Las cosas funcionaban con este modelo. El único problema, que Einstein hizo ver a Lemaître es que: "claro está, van a decir que es el modelo físico que un sacerdote católico y un judío se han inventado para hacer del mundo creación de Dios", puesto que se habla de un $t = 0$ y de una historia del universo.

Este modelo fue un puro y simple modelo hasta que en 1964, cuando se dio la conjunción casual tomando café en la misma mesa de ingenieros de telecomunicaciones que habían 'oído' un extrañísimo "ruido de fondo" en todo el cosmos correspondiente a la emisión de un cuerpo negro a 3°K , que no podían comprender ni interpretar, con la de unos cosmólogos que esperaban poder 'oír' los restos de la explosión inicial que, según sus cálculos, debía corresponder a la radiación de un cuerpo negro a 3°K . Desde entonces no hay otra manera de explicar este dato experimental que a través de la cosmología de la teoría cosmológica de la gran explosión inicial.

¿Se corresponde esto con la sed de 'experimentalismo' y de una ciencia basada sólo en experiencias que durante tanto tiempo se ha soñado por tantos científicos y filósofos de la ciencia?

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

Recuerdo ahora también esa extraña cuestión que vimos uno de estos días pasados cuando el árbol de la ciencia, con su punto rojo, nos aparecía como un árbol del que sólo existe con existencia de mundo la superficie última y externa del árbol, y que de todo el ramaje interior sólo tienen existencia de mundo un pequeño conjunto de fósiles y nuestra red de teorías y seguridades que constituyen el andamiaje último levantado dentro del árbol con ayuda de la teoría darwiniana de la evolución, y sus múltiples continuaciones.

¿Qué quiero decir con todo esto? Que las teorías científicas son una maravillosa construcción del 'cuerpo de hombre', que son una de sus 'corporalidades' más geniales y sofisticadas.

En ese mismo año se publicó un celeberrimo libro de Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, quien apoyándose sobre todo en filósofos e historiadores de la ciencia de la tradición francesa, daba una feroz dentellada a la filosofía de la ciencia heredera del Círculo de Viena: las teorías científicas no se "verifican" —ni siquiera se "falsan", a la manera popperiana—, son simples construcciones de la comunidad de los científicos que caen y son aceptadas dentro del "paradigma" vigente, y lo que cambian y constituyen las revoluciones científicas son los cambios de paradigma. La zorra que se comió a todas la gallinas del gallinero neopositivista. Sarampión de historicismo, de sociologismo, de relativismo, de "todo vale" y "todo es igual", que comenzó a curarse —no en todos los cuerpos, pues algunos estaban demasiado infectados, quizá porque eran cuerpos demasiado endebles— de manera generalizada desde 1990.

Por entonces también Brandon Carter enunció por vez primera el "principio antrópico": la evolución del cosmos en su historia, desde la explosión inicial, ha sido tan compleja en las infinitas bifurcaciones de los infinitos caminos posibles, que el hecho de que estemos nosotros en corro hablando de cómo ha sido la historia del universo, es tan improbable, con probabilidad rigurosamente cero, que ese hecho debe de haber "influido" decisivamente en la elección de los infinitos vericuetos de las infinitas bifurcaciones de los infinitos caminos posibles de la historia evolutiva del cosmos, porque de otra manera no hubiéramos llegado a donde estamos. Ergo, nosotros somos la finalidad de toda la historia del cosmos, o cosa parecida.

ESTUDIOS SOCIALES 120

Todos entendieron enseguida que esto parecía de nuevo plantear algo antiguo: luego el mundo ha sido creado con una finalidad. Más tarde, sobre todo con Tipler y Barrow fue degenerando cada vez más, hasta convertirse en un nuevo gnosticismo –¡que repudio absolutamente, y creo que con muy buenas razones!–, en una especie de misticismo *new age*.

Dejémoslo aquí, aunque ya he afirmado que de esas cosas sólo podemos hablar cuando nos vayamos –¡y ya nos estamos yendo!– más-allá-de-la -física.

En todo caso, creo que del follón apuntado ligeramente acá es necesario entrar en la consideración de un ‘principio antrópico’ con el que he comenzado la crónica del día de hoy: es el ‘cuerpo de hombre’ quien sabe, quien piensa, quien decide, quien actúa; somos un entendimiento esencialmente corpóreo, con corporalidades de ‘cuerpo de hombre’. Y por eso no podemos aceptar, antes al contrario lo consideraremos como un engaño atroz, el que enunciara en 1971 Jacques Monod en *El azar y la necesidad*: el discurso científico, discurso de objetividades, discurso de los saberes intersubjetivos, discurso del saber, sólo se logra cuando, en un arrebató de eticidad –fundador de la moral, pensaba él, ¡que tremenda sandez!–, cogemos las tijeras de capar y cortamos nuestro discurso de nosotros mismos para, por esa acción ascética, hacerlo discurso de objetividad científica. ¡Señoras y señores, quién da más!

Mi discurso, evidentemente, en nada se parece a éste. No quisiera que nadie de los que estamos aquí nos convirtamos en un nuevo Orígenes-el-capado-a-sí-mismo. En esto nos jugamos la vida y el saber quiénes somos.

6. La acción racional de la razón práctica

De nuevo paseando como eso que somos, cuerpo de hombre. Vamos a fijarnos de qué manera salimos de nosotros mismos para la acción en el mundo. En primer lugar, debe notarse que salir al mundo lo hacemos siempre mediante una acción. Somos seres de acción. Y siendo seres en el mundo, salimos para una acción sobre y en el mundo. ¿Cuáles son las características decisivas de esa acción, el procedimiento con el que la logramos?

Ya dije que, según creo, deseo, imaginación y creatividad son centrales en eso que somos como ‘cuerpo de hombre’. Deseo de siempre

más, de siempre ir-más-allá. Vivimos siempre con el deseo de un ir yendo hacia un allá de aventura, un allá que nos saca de nuestros quicios, un deseo que nos hace querer tener lo que no tenemos, querer estar donde no estamos, querer poseer lo que no poseemos. Incluso comparándonos con los demás animales somos insaciables, los únicos insaciables. Sobre todo, un deseo que nos hace querer ser lo que no somos, quizá lo que todavía no somos, pero que nos empeñamos en ser. Una querencia insaciable, un deseo irreprimible por ser más, por mirar más allá. Nada llena ese deseo nuestro, nada lo completa, nada lo apaga. Ese deseo es central en lo que es el 'cuerpo de hombre'. No es un añadido, sino que es parte de su núcleo duro, de lo que lo constituye como tal. Somos seres deseantes, esencialmente deseantes. Deseamos lo que no podemos alcanzar, lo que no se nos da de principio, incluso lo inalcanzable, lo vedado. El deseo transfigura nuestra vida, le da sentido, le da dirección. Nos hace subir a la montaña para encontrar el portillo desde el que veamos el otro lado, y por el que podamos descender a ese otro lado. Deseo de aventurarnos en ese caminar, en ese ascender, en ese abrir nuevas perspectivas.

Pero con el deseo, junto a él, tenemos la imaginación. Imaginación para conseguir vislumbrar como real en nuestra vida eso que deseamos. Imaginación para precisar como existente eso que, es obvio, no es existente. Somos animales esencialmente imaginativos. Imaginamos nuevos caminos, imaginamos cómo alcanzarlos. Imaginamos lo imposible. Con el deseo y la imaginación rompemos eso que se nos da dentro del mundo de los posibles. No cabemos ya más en ninguna conceptualidad, ya no nos dejamos regir en el esquematismo de ninguna 'racionalidad logicista del ente unívoco' que, en él, nos ofrezca todo aquello que tenemos posibilidad de alcanzar. La imaginación, espoleada por el inacabable e ingobernable deseo, busca, diseña caminos para alcanzar lo imposible. Somos seres que quieren lo imposible, que nunca se quedan satisfechos con lo que les es posible, con lo que se les da como posible. Su ir más allá, en un caminar sin descanso yendo en busca de lo que le es imposible. Buscadores de lo imposible.

Pero con el deseo y la imaginación no hemos terminado todavía, pues el 'cuerpo de hombre' dispone de esa capacidad de creatividad inmensa, infinita, con la que lo imaginado espoleado por el deseo se hace entrada en la realidad de lo imposible. Con ella, lo imposible se nos

viene a las manos. Los mundos posibles cerraban lo posible de lo mundanal, pero nosotros construimos algo radicalmente novedoso, que ya no es meramente mundanal, pues hacemos posible lo imposible. Nos hacemos creadores de la imposible-posibilidad. El 'cuerpo de hombre', así, es un animal que se ofrece imposibles; no sólo desea imposible e imagina imposibles, sino que se ofrece la realidad de los imposibles. Tenemos la asombrosa capacidad de ofertarnos la imposible-posibilidad. En el mundo se abrió así un portillo a la realidad, el 'portillo de la imposible-posibilidad', como seguiremos viendo en lo sucesivo de estos papeles. Nada de ella nos era dado, porque nos era terreno de imposibles, fuera de la instintualidad mundanal, pero se nos ha abierto como realidad de imposibles. De nuestros estreñimientos de mundanalidad, "surgió" ese portillo que nos da acceso a la realidad que creamos.

La gestión de todo este juego del deseo, de la imaginación y de la creatividad, es obra de la razón. El cocinero gestiona la compra y la elaboración de la comida con sabia prudencia y mucha sabiduría prudente, con una inmensa práctica y un gusto delicado y amoroso por su deliciosa profesión. Así pues, la razón es como el cocinero de toda esa labor de búsqueda de imposibles, el instrumental con el que nos ofrecemos esos imposibles deseados e imaginados, que los crea como realidad. La razón es nuestra herramienta de creatividad. No es mera razón, no es razón pura, no es lógica, sino que es razón de un 'cuerpo de hombre', es palabra, es diálogo consigo mismo, con los otros, con las prácticas anteriores, es diálogo con el mundo, mejor, con lo que desde ahora nos parece como realidad del mundo. La razón se da en las habladurías. La razón del 'cuerpo de hombre' es una acción, la acción racional de la razón práctica. Y es una acción porque todo el proceso busca y lleva a la creación como realidad de los imposibles: su creación como corporalidades. No es una gestión de posibles, sino una creación de imposibles.

El proceso que aquí se diseña corre paralelo a ese que nos hace ver cómo no hay ningún procedimiento para encerrar dentro de férreos árboles lógicos ninguna de las creaciones del hombre: ni el álgebra, ni la física, ni ninguna de las ciencias. El teorema de Gödel es aquí absolutamente sintomático al quebrar las pretensiones de quienes quisieron lo que no se da, aquello que no es real, de quienes quieren dar de antemano el árbol entero de los posibles, y, a la vez que lo hace, abre un nuevo mundo

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

del lenguaje formalizado que permite el lenguaje de la computación. No es decisiva la razón pura, puesto que inexistente; nada está fijado y prefijado de antemano, todo es fruto de una acción, por tanto de una cuidadosa acción racional, acción muy práctica de sopesamiento, de medida, de ideación, de diálogo, de retroducción, acción de inteligencia. Nunca una razón pura que nos haría conocer las cosas de una vez por todas, que nos haría avanzar en el conocimiento de verdad en verdad. Nunca, por supuesto, una razón pura que quedaría en manos de la ciencia y de los científicos. No, de eso nada. Siempre una razón práctica que es la acción delicada del cocinero en su cuidadoso y sabio obrar.

Con todo este largo y laborioso proceso, miramos hacia delante, miramos más allá, miramos al futuro, un futuro que se nos ofrece allá a lo lejos en el tiempo. Pero sabemos –bien es verdad que sin saberlo de real verdad– que moriremos, y que así nos quedará roto eso que miramos en el más-allá de nuestra creatividad, quedará rota esa meta que deseamos e imaginamos. ¿No valdrá con decir que, cuando nosotros muramos otro mirará entonces hacia donde nosotros ahora miramos, ocupando nuestra plaza, y luego otro substituirá a éste, etc., en cadena ininterrumpida? No nos vale, pues no nos engañamos, eso significará que desde ahora, excepto que entremos en gnosticismos panteístas de la *new age*, sabemos muy bien que ese lugar deseoso al que imaginábamos mirar no era otra cosa que eso, una mera imaginación, una mera ficción sin sentido y sin realidad, pues la humanidad un día necesariamente terminará, desapareciendo en ella, pues, aquel más-allá de nuestra creatividad, y, lo que todavía es más importante, no considera a lo que soy en lo que tiene y quiere tener de más importante: *que soy persona*, persona única, irrepetible, insustituible, infinita en su mortal pequeñez, puesto que capaz de esto de lo que hablamos; *que somos personas*. De ser así, ¿no sería mejor adoptar la lúcida postura de Jean-Paul Sartre que sabe que a eso que mira morirá con su misma muerte, y que en-el-entretanto él seguirá viviendo con la inmensa lucidez de quien no quiere engañarse? Pero, nosotros miramos aquella meta final que deseamos, que anhelamos, que imaginamos, que creamos con nuestra inmensa creatividad, que creamos como realidad, ¿y no diremos, como en todas las demás creaciones de realidad, no hablaremos, no lograremos la realidad de ese punto omega que nos creamos? ¿Resultará que en este proceso de creación de realidades, la mayor de todas las imposibles-posibilidades, la que nos habla de finalidades, de metas, de

una palabra, que nos habla de Dios— será la única que se nos resista y no se convierta en realidad para nosotros? Malo sería; sería el fracaso final de todo el proceso.

¿Una realidad que sólo sería pura virtualidad imaginativa, que se nos resistiese como verdadero imposible? Todo me empuja a pensar que no.

Además de este proceso que ahora apunto, nos encontraremos todavía con muchas pistas que apuntan a los mismo. El proceso de la acción racional de la razón práctica será un continuado preguntarse por los *por qué*s que nunca terminan, hasta llegar a la pregunta última: ¿por qué existe algo en vez de nada?, cuya respuesta nos lleva a la afirmación razonable de que el mundo es creación, y de que, por tanto, debemos hablar de un Creador. Cuando entramos en la consideración de la evolución de la historia del cosmos, ¿no encontraremos razonable el decir que la consciencia del punto rojo del árbol de la evolución apunta hacia algo, más allá de nosotros mismos, que es una finalidad de la evolución que 'surge' de lo material, de algo como a lo que Pierre Teilhard de Chardin llamaba el punto omega? Cuando entremos en la consideración de la realidad que nos construimos, veremos la necesidad imperiosa, necesidad de razonabilidad, de hablar de un fundamento de la realidad. Cuando, considerando lo que somos, dentro de lo que vamos siendo, nos descubramos como ser, siendo, precisamente la acción lo que nos hace ser eso que somos, enseguida llegaremos a la necesidad de hablar de que eso nos es posible porque hay un Ser que es esencialmente un ser en acto.

No, esa meta final de la imposible-posibilidad no es mera ficción irracional, sino que se hace filosóficamente componible con multitud de líneas de razonabilidad.

7. La diferencia entre mundo y realidad

Los animales sólo viven el mundo. Nosotros también vivimos en la realidad, porque sólo nosotros tenemos la capacidad de ser figuras en el paisaje, figuras que se mueven dinámicamente en el paisaje. Sólo nosotros tenemos la capacidad de consciencia de sabernos, de vernos, de contemplarnos, de actuar como figuras en un paisaje: los demás animales

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

viven encerrados en la mera instintualidad que les deparó su ser mundanal. Nuestro ser mundanal, en cambio, tiene esa particularidad tan peculiar de ser capaz de atravesar, de crearse un portillo por el que adentrarse en 'otro mundo', esta vez mundo sólo suyo, mundo de su plena invención, producto de su creatividad, de su acción, que es la realidad. Desde ahí, en la otra pizarra –recuerden que pintaba el 'cuerpo de hombre' a caballo entre las dos pizarras de la clase, la izquierda titulada 'mundo' y la derecha titulada 'realidad'–, aposentado en el ámbito de la pizarra de la derecha, con su corro de comadres dedica sus 'habladurías' al ámbito de la pizarra de la izquierda, la pizarra del 'mundo', e igualmente las dedica al nuevo ámbito recién abierto, el de la realidad. Porque sólo él tiene esa capacidad asombrosa de dedicarse a hablar de lo que se proponga, de lo que le plazca, de lo que convenga, de lo que quiere hacer, de lo que desea, de lo que imagina, de lo que va a crear. Sólo él tiene esa capacidad asombrosa de, con esa machacona y extremadamente inteligente insistencia que le es tan particular, encadenar en sus 'habladurías' una y otra vez la pregunta de ¿por qué?, y sólo él tiene la capacidad todavía más asombrosa de responderse a sus preguntas mediante sus continuas 'habladurías'. Y todo esto porque sólo él está en posesión de esa herramienta asombrosa que es la razón.

'Habladurías' me ha dado por decir, puesto que el hablar, el comunicarse con los otros 'cuerpos de hombre' mediante el lenguaje, de tan extremada complejidad, de tan extremada inventiva, de tan extremada capacidad de modulación expresiva, de tan extremada capacidad de acción, con lo que consigue poder transmitir a los que son como él tal cantidad de datos, de afectos, de ideas abstractas, hasta arrastrar a los otros a sus mismos proyectos y acciones, que nada ni nadie en el mundo tiene, le hacen a él capaz de 'inventar' todo ese 'otro mundo' que es la realidad. Él es su inventor; él es su creador. Es fruto de su inmensa creatividad. Lo inventa y lo crea mediante sus 'habladurías', como resultado del juego de la razón, dentro del complejo funcionamiento de ésta, que vimos ayer.

Desde ahí, desde su mirada al otro lado del 'portillo', en su corro de comadres, dedica sus 'habladurías' a la pizarra que él mismo llama mundo, en el que también él se encuentra, porque de él forma parte, pero mirándolo ahora desde lejos, como desde otro lugar exterior, en una como recreación, al menos parcial, dentro de lo que es ya propiamente suyo, de lo que es más propiamente suyo, el ámbito de la pizarra 'realidad'.

Colocado, pues, ahí, lo observa, hace con algunos de sus elementos los experimentos que imagine, tal como él mismo los definía, y comienza a hablar de él; nótese que ningún otro de los animales o de los seres del mundo tiene esas conversaciones consigo mismo y con los suyos sobre el mundo. Y él habla para dominarlo, para manipularlo, para hacerse dueño del mundo, al menos en parte, para conocerlo, para hacerse con él, para conocerlo, para saber a qué atenerse; buscando incluso dominarlo por entero con el conocimiento.

Y entre sus hablares está, por ejemplo, el que el corro de comadres allá por los años 1924-1925 denominó mecánica cuántica, o el que en 1687 Isaac Newton enunció como ley de la gravitación universal, o lo que, desde Darwin, un conjunto largo de científicos ha ido desarrollando como teoría de la evolución, que se hablan y se escriben a este lado, en la pizarra de la derecha, en el ámbito de la realidad. En la pizarra de la izquierda está la infinitud de especies que hemos observado, como cascarón externo de un árbol; pero el árbol de la evolución como tal, con sus ramillas, ramas y tronco, ya lo hemos visto, sólo está en el ámbito de nuestras 'habladurías', en la pizarra de la derecha. Y muchas de éstas se hablan y se escriben con signos matemáticos, con ecuaciones en derivadas parciales, a veces tan imposibles de resolver por su complicación intrínseca que si no inventamos hipótesis *ad hoc* nunca tendremos la capacidad de resolver, y cuando las resolvemos, por tanto, hemos tenido que meter la zarpa de nuestras 'habladurías' simplificadoras en lo que ya de primeras sólo estaba en el puro ámbito de lo que eran nuestros propios hablares, que se plasman en blancas páginas. Todo esto está aquí, a este lado, son nuestras 'habladurías' –por tanto, nuestras corporalidades– están impresas en los libros, se habla sobre ellas, se investiga sobre ellas, se diseñan experimentos para ver qué decir de ellas, la comunidad de los científicos dedica su esfuerzo y su tiempo a ellas, pero estas 'habladurías' que se dan en la pizarra de la 'realidad', hablan de aquel otro ámbito, el de la pizarra del 'mundo', algunas de nuestras 'habladurías' dicen que quizá hasta lo "expresan". En la pizarra del mundo no está la fórmula $F = h \text{ mm}'/d^2$ que nos da la fuerza central con que se atraen dos partículas, sino que está ella, esa fuerza actuante sobre ambas partículas, la que, en el caso en que sean de verdad sólo dos partículas las que se toman en consideración –es decir, que podamos suponer como despreciable el efecto gravitatorio de todo el resto de las partículas del mundo sobre el juego de ellas dos, porque si fueran tres o más partículas

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

las que estuvieran en danza, el movimiento resultante sería caótico, es decir, impredecible, como ya demostró a principios del siglo XX Henri Poincaré—, la cual fuerza nos sirve para calcular y predecir, en la pizarra de la derecha, claro, lo que en la pizarra 'mundo' acontecerá con esas dos precisas partículas. Pero, insisto, la fórmula, los cálculos, las condiciones de uso son todo 'habladurías' que están sólo en la pizarra de la 'realidad'.

Ese 'otro mundo' de su plena invención, producto de su creatividad, que es la realidad, decía. Hemos visto, mejor, quedan simplemente apuntados, los instrumentos del 'cuerpo de hombre' con los que se abre acceso a ese 'otro mundo', en el que se le da la imposible-posibilidad, y la cuestión decisiva es ésta, ese 'nuevo mundo', el de la realidad, es invención suya, del 'cuerpo de hombre', de sus 'habladurías', es su creación, es el conjunto entero de sus corporalidades. No es algo que se le haya dado con su instintualidad mundanal, sino que él se da a sí mismo con el amplio y espectacular juego de su razón. 'Cuerpo de hombre', pues, a caballo entre el mundo y la realidad. Encontrándose en uno, el mundo, como una mundanalidad más; inventando creativamente el otro, el de la realidad.

Ahora bien, ¿pensaremos por ello que este 'otro mundo', un 'mundo' que ya es sólo suyo, de los suyos, es algo meramente virtual, una pura y simple invención, quizá una mera convención? No, claro que no. Piénsese en algo que, para comenzar, parece decisivo: desde sus blancas páginas, desde sus 'habladurías', imputa realidad a lo que dice del mundo, y éste, en ocasiones numerosas, parece responder con la afirmativa, como si le dijera "pareces acertar con lo que de mí afirmas". Ya lo dije páginas más arriba: habla, discute, proyecta, construye la bomba atómica, y cuando tan desgraciadamente se aprieta el botón, ésta explota y mata. La realidad se construye sobre el mundo, con él, rodeándolo. A veces, también, es verdad, para manipularlo de manera tan grave que ponemos en trance de muerte a nuestra tierra, por ejemplo, y a nosotros con ella. Realidad y mundo están estrechamente vinculados, pero nos encontramos con esa vinculación en el 'cuerpo de hombre'.

Hablar de la verdad sólo se dará en la pizarra de la derecha, la de la 'realidad'. La cuestión de la verdad, pues, es una de nuestras 'habladurías', quizá la más importante de todas. Sólo ahí, en la pizarra de la derecha, cabe el engaño, sólo ahí cabe el que nuestras

'habladurías' sean puras palabras sin ningún significado, que nada expresen, sea del mundo sea de las parcialidades de la realidad, o que busquen confundir y engañar, sólo ahí cabe, también, que lo que hablemos de la pizarra de la izquierda, la del 'mundo', sea acertante o no, aceptable o rechazable, verdadero o falso. Quede insinuado, por tanto, que aquí, hablando en la pizarra de la 'realidad' nos las habemos con la verdad, con el grave y decisivo problema de la verdad, que es ahí, en él, en donde hacemos la apuesta del ámbito de la realidad, sea apuesta parcial sea apuesta total.

Pero la realidad de nuestras 'habladurías' va mucho más allá del conocimiento científico de lo que el mundo —y nosotros con él!— sea. Entre ellas está ésa que, como veíamos ayer al final de la clase, consiste en nuestra mirada, la que va hasta el último más-allá, esa ultimidad, esa meta, que creamos para nosotros mismos como nuestra realidad más profunda, la que más y mejor nos atrae. Miramos a un más-allá que trasciende la muerte, y que es precisamente el que da sentido último a eso que nos consideramos en realidad, poniendo en él la punta definitiva de nuestra entera realidad. Esa es nuestra invención suprema, nuestra mejor creación, el fruto maduro de nuestra creatividad, la obra definitiva de nuestra razón. Si de las demás acciones racionales de la razón práctica que constituyen la realidad no se nos ocurre ni por asomo decir que no tengan ninguna relación con lo que de verdad sea el mundo, ¿resultará ahora que sólo aquí, en momento álgido y definitivo de lo que es la perspicacia de nuestro mirar, en su definitiva sazón, sólo aquí tenemos unas 'habladurías' que en nada se confrontan con la verdad de lo que dicen?, ¿que sólo ahí se convierten en mera imaginación? No parece razonable. Deseo, imaginación, creatividad, acción racional de la razón práctica nos llevan a mirar a la ultimidad del más-allá, y, ¡cosa rara!, sólo ahí ese proceso, maravilloso todas las demás veces que actúa, nos ofrece ahora meras imaginaciones sin sentido, sin fundamento, sin verdad. Insisto, ¡cosa rara!

No sé en definitiva si el tiempo de la pizarra 'mundo' es o no reversible —ni en este momento me preocupa demasiado—, pero lo que sí sé es que la pizarra 'realidad' está tejida de tiempo. Y lo está, como vamos a ver, por dos razones. La primera, porque es invención o creación de 'cuerpo de hombre', casi me dan ganas de decir que es, de principio, su más imponente corporalidad, la suma de todas las corporalidades, y siendo él

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

esencialmente temporal, estando esencialmente amasado con tiempo de irreversibilidad, parece obvio pensar que éste ha de tejer necesariamente el conjunto entero de esa pizarra derecha. Pero, además, porque ese mirar a la lejanía del más-allá, en donde ciframos nuestra meta, es también esencialmente un mirar en el tiempo en cuanto que es un mirar hacia el futuro, un mirar que traspasa nuestra propia muerte y, seguramente, la muerte de todos los 'cuerpos de hombre', como hemos visto.

Y quien habla de este tiempo irreversible, está ya hablando a manos llenas de historia. La realidad, así, es esencialmente histórica. Todo en ella no es otra cosa sino histórico, el tiempo que la teje es tiempo de historicidad y las relaciones de temporalidad que se establecen en ella están sumergidas en la hermenéutica. ¿Cómo podría ser de otra manera en lo que es creación del 'cuerpo de hombre'?

Pasando el portillo por el escotillón, evidentemente, de lo que somos, 'cuerpo de hombre' a caballo entre las dos pizarras, nos descubrimos siendo de verdad y en lo más profundo personas. El que podamos decir que somos personas, por tanto, está ligado esencialmente no a nuestro estar en el mundo, sino a nuestro ser en la realidad.

Además, y de otra parte, esa creatividad del 'cuerpo de hombre' que le lleva a la invención y, quizá mejor, a la creación de la realidad, ¿no es, en verdad, re-creación? Que sea así, nos llevará muy lejos.

8. La construcción de la realidad

La realidad, por tanto, no es algo que se nos ha dado —o que nosotros inventamos o construimos o creamos o re-creamos— de una vez por todas, sino que la vamos haciendo, la vamos construyendo, la vamos creando, la vamos re-creando. Así, en esa acción nuestra, la realidad nos va siendo.

Nada en la realidad es fijo y definitivo, sino que todo en ella está siendo, todo en ella está en fluencia, y ésta es una fluencia temporal. Porque en la realidad hay tiempo, porque como nuestro propio 'cuerpo de hombre', la realidad está transida por el tiempo, y éste siempre es en ella un tiempo irreversible. Lo que en la realidad se nos ofrece siempre es esencialmente histórico, con esa cualidad de provisionalidad que tiene

ESTUDIOS SOCIALES 120

siempre todo lo que fluye en un tiempo irreversible, y que hace de la historia algo provisional, inacabado, tendente a lo que está por venir, por llegar.

La temporalidad esencial de nuestro 'cuerpo de hombre' marca con su esencial temporalidad a todas sus construcciones, a todas sus corporalidades, haciendo que la realidad se nos muestre como esencialmente temporal, y con un tiempo, evidentemente, de irreversibilidad. El 'cuerpo de hombre' tiene historia, no puede no tenerla. Historia de la evolución de la materialidad, llamémosle así, de donde 'surgió' en el ámbito puramente mundanal –tal como nos lo muestra la mirada que desde el ámbito de la realidad echamos a esa parte de mundo en donde encontramos, imputándola, es decir, emperrándonos con nuestras razones bien pergeñadas y sopesadas en que las cosas mundanales son, quizá mejor, van siendo como decimos– esa evolución de la materialidad. Historia de su sí mismo como 'cuerpo de hombre' que nació y fue encarnándose en lo que actualmente va siendo, y, quizá, sobre todo, historia de lo que vengo llamando la mirada en que ve el más-allá de la meta hacia la que está yendo, porque deseo, imaginación y creatividad, gestionados por la acción racional de la razón práctica, le muestran la finalidad de su ir, tan decisivamente importante para lo que actualmente va siendo, que, en definitiva, es su propia mirada hacia lo fundador, como hemos entrevisto los dos días anteriores. Historia, además, de las corporalidades que se van construyendo, cambiantes, de extremada labilidad, siempre en perpetuo cambio, siempre en provisionalidad, pues el paso irreversible del tiempo las deteriora o provoca la necesidad de su cambio, o la revolución que las barre y construye otras, pero siempre también en perpetuo emperramiento, racional unas veces –las más, creo–, sin embargo, irracional no pocas.

La razón de continuo teje penosamente la retahila de sus por qué, procurando respuestas razonablemente adecuadas. Preguntas por la pizarra del mundo y, también, preguntas por la propia pizarra de la realidad. Porque nuestra sed de preguntas es absolutamente insaciable, y ningún 'cuerpo de hombre' como nosotros acepta que se nos imponga un corte final a nuestra sed de preguntas por qué, y si se nos impone es fruto de una violencia, de un engaño, de una sugestión, siempre indignos de la pasmosa libertad del 'cuerpo de hombre'. Una vez que, en cualquiera de los dos ámbitos, encuentre una respuesta que cree razonable, se emperra

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

en ella y el 'cuerpo de hombre' hace de ella el lugar de su descanso, el lugar en donde estarse; lugar también desde donde podrá ir a otros lugares nuevos, prosiguiendo su aventurada búsqueda sin término. Se dan ahí las imputaciones al ámbito del mundo en las que decimos cómo es, y se dan ahí también las corporalidades –pues en este ámbito de la realidad, toda respuesta es ya construcción de corporalidades nuevas–.

Pero todo lo concerniente al ámbito de la realidad, y en cuanto es sólo de dicho ámbito, va más allá de la física, más allá de toda ciencia. Todo ello viene desde lo que no es conocimiento científico de mundo, sino que es ya metafísica, pues se trata de algo regulado por la más amplia y conjuntada acción racional de la razón práctica y por los resultados –emperramientos– a los que ésta llega –y en los que descansa, aunque sólo sea provisionalmente–. Y digo que es metafísica porque la solución a las preguntas por qué, cuando estamos de verdad en el ámbito de la realidad, son respuestas razonables, fruto de la acción racional de la razón práctica, mas no –darse cuenta de esto es esencial en todo mi discurso– de la que algunos han llamado racionalidad científica; esas respuestas no son fruto de 'cientificidad' alguna, porque son las acciones racionales fundadoras de la propia ciencia, que por tanto están más allá de ésta, porque son acciones de empastación, de cocinamiento, de búsqueda sopesada de composibilidades. Me explico. Las cuestiones de fundamentación del método científico –si es que existe éste, pues debo de reconocer que creo muy poco en él–; las cuestiones de relación entre las afirmaciones de las teorías científicas y lo que el mundo es en sí mismo –fue paradigmática, como ya dije más arriba, la que, hasta mediados de los ochenta, tuvo por título "Mecánica cuántica y realidad"–, o la cuestión de saber dónde está el árbol de la evolución y qué significa eso de su 'punto rojo'. La gran y decisiva cuestión de la 'construcción' de las matemáticas. La cuestión de por qué con la gran acción racional de la razón práctica que construimos en la ciencia, 'acertamos' mundo, por más que sea parcialmente. Las cuestiones de sentido, entre ellas, por ejemplo, la cuestión del sentido de la historia. La acción de empastamiento, pues hay que cohonestar muchas afirmaciones que tienen orígenes muy diversos, y que tienen que tener, por así decir, una 'cuadración' racional, pues en la acción racional de la razón práctica no caben afirmaciones por suelto, sino que unas y otras tienen que ser posibles al mismo tiempo, es decir, tienen que ser composibles. Por ejemplo, uno no puede afirmar a la vez estas tres cosas: la 'naturalización', el que todo debe poder ser

naturalizado, resuelto en la ciencia, para tener existencia de mundanalidad, y la afirmación de que 'hay Dios', siendo un Dios trascendente al mundo, y no un mero ídolo o un alma del mundo que responda al *Deus sive Natura* spinozista, entendiendo la expresión como 'Dios, es decir, la Naturaleza'; si alguien se empuera en las tres cosas a la vez, violentamente no compositibles, habrá que afirmar sin dudar un instante que tiene un emperramiento claramente irracional. La pregunta por la verdad. La cuestión de la ética. La cuestión de la belleza. Todo lo que va a venir a continuación en estas páginas representa un intento parcial y muy limitado de respuesta de razonabilidad empastada y representando compositibilidades.

Es verdad que de manera continuada, parcialidades, elementos, maneras, se convierten en imputación de mundo –la neurociencia, que comenzó hace bien poco, puede ser paradigmática, igualmente puede serlo la ciencia de la complejidad–, pero esta labor no reduce, agotándolo, el ámbito de la realidad. Nadie piense –porque se equivocaría– que el ámbito de realidad se nos da como tal, de manera estática, de una vez por todas. Está siendo, y están continuamente pasando partes de él al ámbito que llamaba mundo. Y no se olvide tampoco que todas nuestras habladurías sobre el ámbito del mundo se realizan siempre en el ámbito de la realidad. La mirada, con toda su profundidad, la habladuría, siempre están en el ámbito de la realidad, y sólo en él. Mas la mirada y la habladuría nunca son sólo mundanales, sino que sin dejar nunca de serlo –como acontece a todo lo que el 'cuerpo de hombre' es–, son esencialmente parte del ámbito de la realidad.

Hay un por qué decisivo y final que la acción racional de la razón práctica se pregunta sobre el mundo, el único que, por su propia manera esencial de ser, aunque cuestión sobre el mundo, no es mundanal, sino que, por ser metafísico, sólo tienen su ser en el ámbito de la realidad, el que dice ¿por qué algo en vez de nada?, es decir, considerando el conjunto entero de lo mundanal como un todo, mirando en su totalidad global, se pregunta por las razones de ese conjunto del todo, puesto que hubiera podido darse otra posibilidad, la de que en lugar de ser eso que es en su totalidad –como quiera que sea en su detalle esa totalidad, pues lo único decisivo en este preguntarse es haber aceptado, lo que se ha hecho mucho antes, la viabilidad de que las preguntas por qué que se hace la razón, llevan a respuestas que se va construyendo la acción racional de

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

la razón práctica, de manera que si hasta ahora ha valido este procedimiento, no hay razón de suponer que sólo ahora, llegando a la suprema pregunta de la totalidad, ya no sea válido—. Esta pregunta última sobre la totalidad del mundo nos lleva a la consideración del mundo como creación y a la respuesta de que es así porque hay un Creador.

La realidad, así, tiene dos características que la transitan por todas sus líneas, superficies y volúmenes, por todo lo que ella, en su fluencia, va siendo, y éstas pueden representarse por dos palabras: historicidad y hermenéutica.

La realidad, pues, es siempre una realidad histórica, nunca está hecha de una vez por todas. Como el 'cuerpo de hombre', pues de su creación se trata, está siempre en un yendo. Siempre en construcción. Nunca terminada y a nuestra disposición. Por eso, característica fundante de la realidad es la historicidad, su ser en la historicidad. Siempre, pues, se nos da en la historia, como historia. Jamás se trata de una obra acabada, sino que de continuo es una obra en recuerdo y en proyecto. Nada se nos da en ella fuera de la historicidad; ni, por supuesto la ciencia, que, al menos para algunos, confundiéndose, parece ser cosa tan distinta de su historia. Podemos mirar hacia atrás viendo cómo era la realidad de los primeros 'cuerpos de hombre' que existieron sobre la tierra, tan distinta de la nuestra. Podemos hacer memoria de lo que era la realidad a comienzos del siglo XX. Podemos, por supuesto, y con imaginación poderosa, desear una nueva realidad, y, ya desde ahora, comenzar ese esfuerzo creativo de la acción racional de la razón práctica que nos lleve hacia ella. Siempre, por tanto, ese mirar más-allá hacia nuevas metas, hacia lo todavía por lograr, hacia la desconocida apuesta.

Por lo mismo, nuestra labor dentro de esa historicidad radical en la que estamos inmersos es de interpretación, porque tampoco aquí nada se nos ha dado. Tenemos que colocarnos, tomar partido; y tomamos partido siempre desde aquél más-allá, para entendernos, para entender la realidad. Nada, aquí tampoco, nos está dado de una vez por todas. Nada nos está asegurado. Todo es fruto de una acción que en cada momento debemos comprender y renovar; más para ello tenemos que buscarnos los puntos de apoyo que nos permitan la comprensión, seguramente parcial, de toda la inmensidad infinita que nos ha surgido como realidad, que, siendo nuestra invención, parece escapársenos de las manos con vida propia. Ninguna comprensión de nosotros mismos

como 'cuerpos de hombre', de nuestras corporalidades, de la realidad en la que estamos inmersos re-construyéndola de continuo, nos es dada en seguridades, sino que es fruto de una elección cuidadosa por nuestra parte, elección del punto de vista donde colocarnos para lograrla, de qué tener en cuenta para ello y qué despreiciar como poco relevante para el asunto que llevemos entre manos. Una inacabable, y a veces agotadora, labor hermenéutica la nuestra. Y todo ello, siempre, cada vez, para comprender, para actuar, para proseguir, para mirar a aquél más-allá.

9. El 'cuerpo de hombre' y la realidad, por tanto, son esencialmente históricos

Pues están amasados con tiempo irreversible, y lo están de tal modo que todo lo que viven, en todo lugar en donde están, todo lo que son se da en la historicidad, es decir, se producen como historia, y nunca fuera de ella. No tenemos manera de librarnos de la temporalidad, como no sea en sueños, y los sueños, sueños son, esencial irrealidad.

¿Es esta temporalidad esencial, que conduce a la historicidad absoluta en la que nuestro 'cuerpo de hombre' y todas sus corporalidades, un constreñimiento que nos priva de la libertad? Un constreñimiento de cierto que lo es, pues nos impide con necesidad ser fuera de la temporalidad, de construir nada que sea nuestro, que tenga realidad, fuera de ella, pero es él, precisamente, una característica nuestra que nos permite la fluencia del ir yendo, del ir siendo, de alcanzar la imposible-posibilidad, es decir, que nos permite ser libres, y pues siendo libres, capaces de inventarnos y de inventar realidad, que nos ofrece la creatividad. De otro modo seríamos lo que fuéramos de una vez por todas, sometidos sólo a fuerzas exteriores para cualquier cambio. De esta manera, por el contrario, el motor del cambio está ínsito en nosotros mismos, es nuestro propio 'cuerpo de hombre' que como tal vive en la cambiante y fluyente temporalidad, irreversible temporalidad que nos impide el continuo dar vueltas, el ser siempre un sí mismo fijo o muy cercano a ese sí mismo, y que como tal es capaz de corporalidades siempre distintas, siempre cambiantes, siempre nuevas. Sometiéndonos al cambio incesante en el tiempo irreversible nos hace un patrón móvil, movido por la novedad continuada, buscadores de lo que esté después, siempre más allá, mirando siempre más-allá. Nos hace de tal manera que toda vuelva atrás es, en realidad,

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

un continuar necesariamente hacia adelante; todo círculo es para nosotros una espiral. De esta manera el constreñimiento, nuestra destinación en la temporalidad, se convierte en ocasión irremediable de novedad, de invención, de creatividad.

Considerar esto un desgraciado constreñimiento, es como si alguien maldijera de la gravitación universal porque provoca la terrible pesantez que nos liga para siempre al suelo, sin darse cuenta de que gracias a ella tenemos la libertad absoluta de caminar por donde nos plazca. Como si alguien, visto este constreñimiento de la pesantez, dijera: ya lo sé todo del hombre; sin darse cuenta de que, con esas palabras, muestra que no ha oído siquiera el 'otro mundo' de infinitos caminos bifurcados que, con ella, se nos presenta, por donde se hace realidad esa imposible-posibilidad cuyo surgimiento continuado desde el 'cuerpo de hombre' en su esencial comunión con otros 'cuerpos de hombre' provoca la realidad. Así, el constreñimiento de la temporalidad se nos hace espacio de ocasión para la imposible-posibilidad que nos abre desde nosotros ese 'otro mundo' que es la realidad. La temporalidad, pues, es una de las fuentes en las que bebemos esa imposible-posibilidad; es, por así decir, el lugar –¡curioso lugar tratándose del tiempo!– en donde se nos ofrece la libertad de movimientos que caracteriza al 'cuerpo de hombre' y a sus corporalidades, a la realidad que se va construyendo. Porque todo lo que vamos siendo, todo lo que llegamos a ser, todo lo que somos, se nos da en radical temporalidad.

¿También se nos da en radical temporalidad aquel mirar nuestro hacia ese más-allá definitivo que es la meta hacia la que tendemos con toda la tensión de nuestro deseo, de nuestra imaginación, de nuestra creatividad, modulando el camino la acción racional de la razón práctica? ¿Cómo sería, si está por necesidad, lo sabemos, sobrepasando nuestra muerte? ¿Nos empuja algo hacia ese lugar que está más-allá y que, quizá sólo en el deseo, en la imaginación, en la creatividad, en la acción racional de la razón práctica se nos da?, ¿no será, entonces, real? ¿Podrá ser que ese lugar en donde está ese más-allá que nos conmueve, que nos arrastra hacia sí, que anhelamos, nos esté para siempre vedado? ¿Cómo será esto posible? Seremos, finalmente, un mero animal iluso cargado de la-imposibilidad-de-ese-más-allá-al-que-su-deseo-le-lleva, arrastrándole. Entonces, siendo así, ¡desgraciado sino el nuestro! Destino terrible: ser conscientes de eso que queremos ser y que nunca seremos, porque nos

está prohibido serlo. ¿Podremos contentarnos con la manera de Jean-Paul Sartre? Quizá sí, si llega el caso, porque es verdad que "a la fuerza ahorcan", pero nos rebelaremos contra ello con todas nuestras fuerzas, con todas nuestras ansias, con todos nuestros deseos, con toda nuestra vida. Más aún, con todo y con eso, seguiremos jugando el juego del más-allá, porque si no, es nuestro juego del más-acá, el de la temporalidad en la que vivimos y somos, quien saldrá perdedor hasta hacernos difícil vivir sin ninguna esperanza. Porque ese mirar al más-allá es decisivo retroductivamente para nuestra acción en el más-acá, en el ahora. Nada podríamos ahora si no fuera porque miramos hacia el más-allá. Nos movemos en el ahora desde ese nuestro mirar más-allá.

Hablábamos también de una aceleración del tiempo, lo que tomó al comienzo de la historia de la humanidad decenas de miles de años para llegar a ser, luego necesitó sólo siglos, más tarde decenios, ahora parece que sólo años, como si cada vez todo aconteciera más deprisa. ¿Por qué esa aceleración del tiempo de la evolución y de la comprensión? Hay algo en ella de increíble, de irreal. Como si algo tuviera de espejismo.

¿Por qué hasta Dilthey nadie ha tenido esa necesidad de interpretarse, de la hermenéutica?, ¿nadie ha sido hasta ahora consciente de que habla desde un lugar, y de que ese lugar marca lo que decimos, de que siempre hablamos desde un lugar? Antes parecía que todos querían hablar desde una tradición. Plotino no quería otra cosa que comentar por lo menudo a Platón, creía no ser nada más que el hermeneuta de Platón. Nunca pensó que con él se iniciaba otra manera de pensar distinta de la platónica, se hubiera quedado pasmado de oírnoslo decir, pero aún sin quererlo ni saberlo toda nueva lectura produce la realidad de un nuevo texto. Ahora, cuando el tiempo ha comenzado a desbocarse, en cambio, parece que buscamos desapegarnos de toda tradición, viéndonos como en un lugar personal, suelto, individual, en el que nos gustaría no depender de nada ni de nadie. Desde el siglo XVII nos hacemos conscientes de que ocupamos una posición singular, de que no somos, sin más, meros continuadores, seguidores de quienes nos precedieron. Jean-Paul Sartre, además de aceptar sin chistar que su mirar-más-allá quede truncado por la muerte, cree también que no estamos ligados con nada del pasado, ni del pasado común ni del pasado personal, que la libertad es cortar cualquier dependencia de lo que haya acontecido antes, en pura disponibilidad libre con respecto al instante, creadores de futuro, mientras nos quede

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

vida. ¿es eso posible? ¿No se rompe la carnalidad de lo que somos como 'cuerpo de hombre'? ¿no se construye así una actitud puramente desencarnada, como si fuéramos un mero espíritu desencarnado, como si nuestro "cuerpo" no fuera sino mero cuerpo de animalidad?

Permitaseme un ejemplo que me parece paradigmático. ¿Cómo debe entenderse la Biblia? Muchas de sus cosas, ciertamente, mediante los métodos de la crítica textual y literaria que la ciencia nos proporciona, y que nunca podemos, sin más, saltar, sin caer en puro subjetivismo fundamentalista. Mas ¿se encuentra en ellos la ultimidad de su comprensión? Me parece evidente que no, si lo que voy diciendo tiene algo de verdad. Con ellos entenderíamos, por hablar de la manera en que ahora estamos haciéndolo, sólo la mundanidad del libro de la Biblia, pero no entenderíamos su realidad. Déjeseme que hable desafortadamente: la Biblia sólo tiene interés para nosotros y sentido en ella misma para nosotros, interés y sentido de realidad, si se entiende su conjunto desde el 'cuerpo de Jesucristo'. No es, pues, en una lectura científica de la Biblia —en la que sólo encontraríamos mera mundanidad, por interesante que ésta sabemos que es, pues nunca hemos dejado de lado ni insinuado siquiera el rechazo de lo que llamamos 'mundo'— en donde encontraríamos la 'realidad' que se nos ofrece, pues sólo tendremos construcción de realidad desde ese 'cuerpo de hombre', y sólo ahí se nos ofrecería un ensanchamiento decisivo de nuestra realidad en cuanto que insinúa, perfila, señala, sostiene, enseña un dónde mirar en nuestro mirar-más-allá. Una interpretación de la Biblia, pues, es desde aquí una hermenéutica de realidades, de realidad. Lo otro, por interesante que sea, repito, hermenéuticamente, para nuestro mirar-más-allá, es quedarse no en la letra de su texto, sino —como gusta afirmar una y otra vez un viejo amigo— en la pura tinta del texto; es convertir un texto vivo y empeñativo para ese nuestro mirar-más-allá en la rebusca del 'rabo de la a'. ¿Que uno se gana la vida con ello?, pues estupendo, bendito sea; pero no quiera convencernos a todos, mejor no nos dejemos convencer nosotros con el hecho de que la mera mundanidad de su sueldo es el principio hermenéutico de la realidad toda.

En la historia, producto siempre de esa característica que define al 'cuerpo de hombre' que es nuestra radical historicidad, nos vamos haciendo conscientes —y la interpretación y la hermenéutica son una manera radical de hacernos conscientes—, dentro de una evolución que se acelera —¿será producto de un espejismo?, repito—, de que en las

habladurías sobre nuestro mirar nos contamos lo que hemos sido y lo que nos ha llevado a lo que vamos siendo, para encontramos, finalmente, hablando nuestro propio habla; como si en nuestras habladurías termináramos en lo que es nuestra actualidad, para, desde ella, mirar-más-allá. Ese discurso, esas habladurías construyen, inventan. crean nuestra final, bien es verdad que creándolo como propio hablar que empuja a la acción constructiva de futuro que busca hacer realidad lo que mira ese nuestro mirar-más-allá.

Ese mirar-más-allá: no es un paroxismo espiritualista, platónico, sino que es un mirar de los 'cuerpos de hombre' en solidaridad mutua, en común, en comunidad, y es un mirar que construye corporalidades.

11. ¿Hay un punto omega de la historia?

En la flecha que indicaba el mirar-más-allá he solido poner la palabra meta, o mejor, la letra W. Fue Teilhard quien primero habló de ese punto omega. Mantengo, sin embargo, una diferencia esencial con él. Para Teilhard de Chardin, el punto omega claramente era la meta final (objetiva) de la evolución del universo, es decir, hablando el lenguaje que hemos empleado acá, está insito en el mundo, un mundo, además, que existe y conocemos en su pura objetividad. Tengo tendencia de más en más a hablar también yo de punto omega, pero su lugar es muy otro. Para mí, el punto omega se concibe de manera distinta. Podría hablarse de que existe un punto omega en nuestra imagen del mundo, es decir, en lo que, desde nuestro estar en la realidad, vamos diciendo sobre el mundo –según lo vamos 'naturalizando'–, lo que siempre han de ser nuestras propias 'habladurías' sobre el mundo, pues siempre ellas se hacen contando con eso que llamaba principio antrópico y desde él, nunca, creo, desde aquél principio de objetividades de las tijeras de Monod. Si no tanto como punto omega, al menos, no creo que haya duda en que hay que hablar de una finalidad –o como quiera que se la llame– de la evolución, pero creo que nosotros, el 'punto rojo' del árbol de la evolución, somos ese punto omega –nunca olvidaremos aquí, repito, el principio antrópico–; por el contrario, a diferencia de lo que piensa Teilhard, no creo que haya en la propia evolución de lo que es el universo un punto rojo más lejano que nosotros, más allá de nosotros. Aunque, bien es verdad, queda abierto un problema por demás interesante: ¿la evolución

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

sigue siendo activa?; parece evidente que sí debe de serlo, entonces, ¿hacia dónde apunta esa fuerza evolutiva que actúa también ahora en nosotros y en nuestro mundo?

Pero, sobre todo, el punto omega me parece que es la meta de nuestro mirar-más-allá; y es ahí donde se nos plantea el problema de su realidad. Que ese punto omega sea una parte, y parte esencial de la realidad, no cabe duda: sin mirar-más-allá, sin él, no hay la esencial retroducción al más-acá que nos pone en camino hacia aquél más-allá, nótese bien, hacia cualquier más-allá, porque sin un más-allá no hay un más-acá, sin un lugar a donde ir no hay un lugar de donde partir, sin un lugar en donde ser no hay un lugar en donde estar. Y es ahora cuando cabe preguntarse por la verdad de ese punto omega. Recuérdese que la verdad aparece siempre y sólo cuando estamos implicados en el ámbito de la realidad, en decir, en lo que sale de la actuación del 'cuerpo de hombre', nunca aparece sólo en el ámbito del mundo como tal; la verdad es siempre por referencia a nosotros, 'cuerpo de hombre'. La verdad, así, indica la operatividad como acción en-realidad de aquello que son nuestras 'habladurías' —la cuestión de la verdad nunca es sólo y en definitiva la consideración tarskiana de que [la oración] "la 'nieve' es blanca, si y sólo si la nieve es blanca", o como quiera que se enuncie, sino que siempre es una cuestión mucho más amplia y englobante—. De cierto que podemos decir lo que nos plazca, pero con ello no vamos a ningún sitio, pues sólo podemos ir hacia lo que miramos con nuestro mirar-más-allá, con la condición de que ese mirar, el punto omega de ese mirar y la retroducción en el más-acá de nuestra acción para llegar allá, sean verdaderos. No insistiré en esto de la verdad. Valga simplemente con enunciar que si empleáramos un lenguaje de ser, llevando hasta sus últimas consecuencias la cuestión del 'ir siendo' —lo que acá no hemos hecho—, diremos que ese punto omega se enuncia como que yendo hacia aquel más-allá buscamos 'ser en plenitud', y entonces la verdad expresa que son verdaderas las 'habladurías' que nos empujan hacia la realización de ese 'ser en plenitud'. Valga con esta mera insinuación. En todo caso, queda planteada la cuestión de la verdad de realidad de ese punto omega. No se pone en duda que sea parte decisiva de la realidad, la cuestión está en ver su verdad: ¿hay punto omega de nuestro mirar-más-allá? Si pudiéramos decir que 'hay Dios' —cuestión en la que aquí no hemos entrado—, como creo es el caso, también, seguramente, podríamos decir que 'hay punto omega', que no sólo nos mueve como mera construcción

imaginaria nuestra –lo que no es poco–, sino que tiene 'existencia de realidad'. Dejémoslo ahí, quizá sólo por ahora.

Mas, también, ese mirar-más-allá está transido de historicidad. Todo lo dicho hasta ahora muestra la historicidad radical de todo mirar de 'cuerpo de hombre', de todas sus acciones, por ello, ¿cómo no habría de estarlo ese mirar-más-allá? Además, remirando lo que sabemos de nuestra propia historia, sea personal, sea comunitaria, sea evolutiva, nos lo enseña a las claras. Eso es claro. Pero ¿estará transido de historicidad lo que vengo llamando punto omega? Sí y no. Sí, en cuanto es fruto de nuestro deseo, de nuestra imaginación, de nuestra creatividad, modelados y conducidos siempre por la acción racional de la razón práctica. Ahí todo se da con esa característica fundadora de la historicidad. No, seguramente, si a lo que me refiero es a ese W que vislumbramos, pero que no asimos, que siempre queda más allá de nuestros deseos, porque nunca lo podemos alcanzar, más allá de nuestra imaginación, porque siempre nos supera, más allá de la creatividad porque él mismo es creador de toda novedad, hasta el punto de que comprendemos que, en realidad, nosotros no somos sino re-creadores. Si eso es así, en cuanto esto es así, esa meta que es la de nuestro mirar-más-allá también está más allá de todo lo que nosotros podamos alcanzar, desear, imaginar, re-crear, nos trasciende, haciéndonos así no ya realidad construida, sino fundamento de todo en-realidad, de toda la entera realidad. ¿No veremos cómo convergen las líneas de reflexión, aquélla que se inició con la pregunta por el todo del mundo que nos llevó a considerarlo como creación y a hablar racionalmente de un Creador del mundo, y aquélla que llama 'ser en plenitud' a eso que, finalmente, llegamos a ser y que somos en el lugar de nuestro descanso, dándonos como ser, lo que conlleva la consideración de un 'ser en completud', que también nos trasciende, y a la consideración de un ser en acto, un ser en perfecta actualidad, que nos da la acción de nuestro mismo ser, y quien es el Ser? ¿No podremos así columbrar un nombre que está por detrás, en cuanto que nos es siempre inasible, de eso que llamo punto omega?

Si es así, en la historia nos aparece, por tanto, algo como un punto de fuga, un punto atractor en torno al que todo lo nuestro, todo lo referente al 'cuerpo de hombre' termina gravitando. Como punto atractor, no es un punto por el que pasamos, al que necesariamente llegamos, sino que es un punto que hace algo singular: todo movimiento se hace en su entorno,

como si fuera el movimiento de un péndulo que ha sido movido de manera irregular, y que se mueve caóticamente, pero teniendo siempre como punto atractor el punto más bajo de su trayectoria, por el que, quizá, nunca pasa, pero que constituye un 'centro lejano' inasible para ese movimiento caótico del péndulo, centro atractor del conjunto entero de su movimiento. Este punto atractor de nuestro mirar-más-allá, que, por ahí, va siendo punto atractor de la propia historia, es el punto omega, es decir, si es válido en su convergencia y composibilidad racional lo que hemos apuntado, Dios, el Creador del mundo, quien es fundamento de la realidad, el Ser en puro y perfecto acto. Si las cosas son como voy diciendo, ahí es en donde podemos poner nuestra esperanza.

La pregunta clave, pues, es la de ver si esto que voy diciendo es real fruto de una acción racional de la razón práctica que sopesa, mide, compara y decide la conjunción de razones y de composibilidades que se le ofrecen en su trabajo de empastamiento. Puede que haya otros empastamientos distintos, como lo es, por ejemplo, el de la 'naturalización' llevado a su ser radical de negación del 'hay Dios', con lo que el ámbito de la realidad no es sino una parte del mismo ámbito del mundo. Pero, habrá que preguntarse por la racionalidad global que dan al conjunto un empastamiento y otro. Ahí está la clave. No estoy seguro que el uno o el otro sean el único racionalmente posible. Supongo que ambos lo son. Lo que queda por ver es cuál de los dos, si es que de dos se trata, da mejor cuenta racional del conjunto, cuál cocina mejor todos los materiales a llevar a la boca.

12. Somos constructores de la historia

Todo en nosotros, 'cuerpos de hombre', comenzando en la memoria fundadora de lo que vamos siendo y que nos empeña a proseguir hacia lo que hemos de ser, está teñido de historicidad, porque nuestras entrañas personales, comunitarias y de las corporalidades están amasadas con temporalidad, haciéndose historia en el tiempo irreversible en el que estamos siendo. Y ahí somos constructores de la historia. Lo somos, personal y comunitariamente, porque vivimos en plena libertad, porque la libertad es parte esencial de eso que somos, 'cuerpo de hombre', no sólo la libertad que nos viene ganada por los grados de libertad en que se construye mundanalmente el que es nuestro cuerpo –lo que no es poco–, sino por la capacidad de alcanzar la imposible-posibilidad con la que

personal y comunitariamente, porque vivimos en plena libertad, porque la libertad es parte esencial de eso que somos, 'cuerpo de hombre', no sólo la libertad que nos viene ganada por los grados de libertad en que se construye mundanalmente el que es nuestro cuerpo –lo que no es poco–, sino por la capacidad de alcanzar la imposible-posibilidad con la que vamos construyendo realidad, que es aquello que nos hace real y radicalmente libres. Constructores de una historia, personal y colectiva, que, como fruto de ese mirar-más-allá que alcanza meta, al que venimos llamando punto W, es un ir yendo hacia allá, hacia él. Constructores de la historia en cuanto que vamos construyendo la realidad de nuestras corporalidades, pero también en cuanto que vamos dirigiendo lo que es nuestra vida personal y nuestra vida comunitaria –empujados, violentados, subyugados por mil impedimentos y constricciones a las que difícilmente podemos vencer, pero con las que luchamos a brazo partido para dirigirla cabalmente– en la dirección de esa carnalidad, de esa encarnación que nos va procurando el paso del tiempo irreversible. Constructores de una realidad que es siempre esencialmente histórica; constructores de la historia de ese 'ir yendo' en que se va desgranando la acción de nuestra vida. Tal es la historia. Por eso, sí, nosotros, personal y comunitariamente, nosotros somos los constructores de la historia. De manera distinta en cuanto que sea historia propiamente dicha, es decir, en el ámbito de la realidad, en la cual somos, personal y colectivamente, verdaderos sujetos agentes de ella, o que sea historia dentro del ámbito de la mundanalidad, como por analogía con aquélla acostumbramos a llamar a la historia del cosmos o a la historia de la evolución, en donde nosotros no somos el sujeto agente –pues lo que de nosotros cuente no es más que, a lo sumo de nuestro 'cuerpo animal'– sino el 'hablador' de ella, su relator.

La historia nada tiene de un proceso determinista que pase por encima de nosotros. El punto omega teilhardiano tenía el gravísimo inconveniente de, por estar ínsito como final de la flecha de la evolución mundanal, ser un atractor determinista, que impulsaba necesitadamente la acción del hombre y su historia. Siendo así, la historia termina siendo de obligado cumplimiento, y no es algo construido por nosotros con libertad. La historia marxista es parecida: un proceso inexorable, al que se llegará incluso por encima de nosotros y de nuestra acción –qué contradicción, pues, entonces, ¿para qué los revolucionarios si la revolución llegará por necesidad?–. Seguramente, también, la del teólogo W. Pannenberg. Algo tienen de inexorable, como que, cayendo en las ruedas de la naturaleza,

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL CONCEPTO

No, de eso nada. Entre otras cosas, ya lo sabemos, las cosas no son así porque el punto omega del que hablo está en el ámbito de la realidad, y sólo en él, y es la meta de aquél mirar-más-allá; pero no hay punto omega alguno en el ámbito de la mundanalidad fuera del 'punto rojo' del árbol de la evolución y el enunciamiento del principio antrópico, importantes, decisivos como hemos visto, pero que nada tienen de W. El punto omega, ahí, en ese ámbito de realidad, es ciertamente como un atractor de nuestra acción que se convierte en un 'ir yendo' hacia aquél más-allá al que miramos; pero somos nosotros quienes lo hemos deseado, somos nosotros quienes lo hemos imaginado, somos nosotros quienes lo hemos construido creativamente, toda nuestra acción racional de la razón práctica hacia él nos lleva, y, por su lado, él retroduce activamente en el más-acá, configurándolo, como hemos visto.

Así pues, ¿nosotros somos los constructores de la historia? Hay que responder con un rotundo sí. La historia, como la entera realidad, es nuestra construcción, nuestra obra. No puede haber dudas; no hay duda. Pero ¿sólo es eso la historia? No, porque también hay algo más. Hay algo más, pero sin salirnos nunca del que llamo ámbito de la realidad, sea que nos vamos al ámbito del mundo, como Teilhard, sea que nos vamos a algún ámbito de revelación. Lo primero no lo haremos, sabemos que sería falso. Lo segundo nos lo prohíbe nuestra decisión de hacer y hablar sólo como filósofos, es decir, el hecho de aceptar que nuestras 'habladurías' se han de limitar a todo y sólo lo que sea una acción racional de la razón práctica –pero, fijémonos bien, ¿no es lo que quiso hacer, e hizo, Santo Tomás de Aquino en la *Summa contra gentiles*, como explicita con claridad en los primeros capítulos del libro I?–; por más que sepamos que muchas de las cosas que decimos han entrado en el acervo del pensamiento como temas filosóficos y maneras de hacer filosofía a través de la influencia decisiva del cristianismo, y que sin ésta, además, no hubieran sido posibles, y por más que sepamos, como sabemos, que la ciencia ha nacido, y no podía haber sido de otra manera, en una cultura impregnada por el cristianismo.

Porque la historia es también algo más. La historia es lo que resulta de ese 'ir yendo' hacia ese W que está en la meta de nuestro mirar-más-allá y que retroductivamente conmueve hacia él nuestro más-acá. Incluso aun en el caso en que supusiéramos que es una pura y simple construcción nuestra, y nada más, seguiría siendo un punto atractor para nosotros,

sería decisivo como señalador de caminos para lo que no es otra cosa que *nuestra* historia personal y colectiva. Pero es que, además, como hemos vislumbrado, ese W tiene una real entidad propia, pues, aunque siempre inasible, se abre a quien es fundamento de la realidad entera, a quien, a la vez, es el Creador del mundo, a quien es el Ser en puro acto que sostiene nuestra actualidad de ser, a quien es el 'ser en completud' que posibilita nuestro 'ser en plenitud'. Y ahí encontramos, por tanto, un punto atractor que nos subyuga, que nos seduce, que nos llama, que nos posibilita, en definitiva, la imposible-posibilidad. ¿Es esto un determinismo final que nos acorta o suprime la libertad? Quiera Dios que no. Malo sería que habiendo descubierto a través de los sutiles y complicados caminos de la racionalidad –en otros lugares de estas largas 'habladurías'– a través de la analogía del ser, y considerando que aquello que a nosotros, 'cuerpos de hombre', lo que nos hace 'ser en plenitud' es el amor, el que somos seres querenciales, amorosos, que ese Dios del que hablamos y que hay es un Dios-amor, ahora, a estas alturas definitivas del discurso de la historia descubriéramos que esa atracción –atracción amorosa, pues, de seducción, de quien en definitiva dice como el profeta: "me has seducido, nos has seducido"– es una imposición contraria a la libertad, mero determinismo en el que para nada se cuenta con lo que somos 'cuerpo de hombre'. No y mil veces no, porque si así fuera sólo nos quedaría la decepción y la rabia. Mas no es así. Pero nunca es imposición, mero determinismo. Si hay atracción, que la hay, ésta es fruto de la seducción, del amor que tira hacia sí al amoroso.

Somos, por tanto, constructores de la historia, pero de una historia que también nos es dada, ofertada. Pues, seguramente, nuestra historia es en definitiva la 'historia de una seducción', y si fuera así tendríamos que convenir en que todas nuestras historias, incluidas las historias mundanales que relatamos, son preparatorias de esta historia definitiva que es la 'historia de nuestra seducción'.